

Deodoro

Esta es la tapa de la revista *Deodoro* del mes de enero. Y si bien esta afirmación puede parecer innecesaria porque lo que propone es evidente, nuestra intención es hacer un poco más explicativa la propuesta de diseño. En este punto vale aclarar que lo que se lee fue redactado por el Área de Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba. Pedimos paciencia, entonces, antes de emitir un juicio con respecto a la lectura, a los errores de expresión y a las repeticiones injustificadas. En definitiva: sepan comprender que rara vez en nuestra disciplina somos los responsables de la intención verdadera de las palabras. Asumir el rol de relatores del lenguaje, dejando de lado grafismos, imágenes, colores y formas tipográficas no es lo habitual para nosotros. También quisiéramos dejar en claro, y ahora sí hablando específicamente de la construcción gráfica, que este procedimiento de invadir la letra con un mensaje (a manera de quien rellena una botella antes de dejar que se vaya de la isla) no fue inventado por nosotros. Hasta donde sabemos, y sin que se llevara a cabo una investigación exhaustiva (seamos sinceros), la idea es patrimonio de un diseñador llamado Storm Thorgerson. Este hombre tomó la iniciativa de ilustrar la tapa de un disco con un párrafo. En el mismo explicaba lo obvio de la intención y hasta reflexionaba, o cuasi filosofaba, acerca del sentido del consumo. Sirva la mención a su persona para que podamos hacer pública nuestra pretensión de homenaje. Nada de lo dicho nos aleja del riesgo de ser interpretados como ladrones. Somos plenamente conscientes de ello. En definitiva, quizás sea efectivamente un robo. Podríamos ir más lejos y decir que el diseño en sí mismo, y como disciplina, es un tipo de robo. En ese sentido, y siguiendo la cadena de homenajes, se nos ocurre recordar a Bob Gill, quien se animó a declarar que "robar está bien". Lo importante del caso, y volviendo por fin a nuestro objetivo inicial, es que el artificio que trabajamos logre funcionar como relleno de la letra D mayúscula, y que sea, además, un referente de lo que se publica en el interior de la revista. Por lo menos en algún sentido. Creemos que el texto redactado y desarrollado de manera escrita cumple con ese propósito, y que resulta todavía más oportuno si se tiene en cuenta que la *Deodoro* de este mes publica cuentos. Llegamos entonces a un argumento que valida el uso de la propuesta gráfica. Además, y como intención al margen, la búsqueda de comunicar desde la redacción nos permite la realización de un experimento que tiene como base una incógnita. Y es que durante la concepción de esta idea, nos planteábamos si alguien efectivamente leería el presente párrafo. No nos guía un sentido de desconfianza, ni queremos ser prejuiciosos en cuanto a las actitudes de las personas. Simplemente nos cuestionábamos acerca de la verdadera utilidad de esos textos extensos que rellenan espacios y que rara vez son atendidos. Pensábamos en la letra chica de los contratos o las extensas descripciones de actividades en un anuario. Los imaginábamos como territorios muertos de la lectura, o pueblos abandonados llenos de letras. Fue así como tomamos la iniciativa de dejar anotada aquí la dirección de mail de nuestra área. Estamos abriendo el juego, entonces, para que participen todos aquellos que lograron llegar hasta este punto y todavía leen. No hace falta nada muy elaborado. Puede ser simplemente un "yo leí" o "hasta acá llegué". En fin, aquí va detallado: areadgunc@gmail.com. Muchas gracias.

**GACETA
DE CRÍTICA
Y CULTURA**

Universidad Nacional de Córdoba
Argentina | Enero de 2014
Año 5 | n° 39 | \$ 7.- | ISSN: 1853-2349

EDICIÓN ESPECIAL FICCIONES.

14 cuentos y relatos para leer con calor.

**Escriben: Mattoni, Rodríguez, Lo Presti, Cucurto, Incardona, Lamberti,
Laudecina, Palomeque, Playo, Rodeiro, Suez, Sosa Villada, Oviedo, Natale
y Chávez Hermosa.**



Universidad
Nacional
de Córdoba

El arte de narrar

Silvio Mattoni

Se ha dicho que el antiguo arte de narrar implica la transmisión de alguna clase de experiencia, que la voz narrativa busca insertarse en una tradición. En ese sentido, la narración traería algo de un lugar remoto, un pasado o un paisaje en los que sucedió aquel acontecimiento digno de ser relatado. Pero también se sabe que en la literatura moderna, y esta adjetivación casi roza el pleonasma, lo nuevo ha tomado el lugar de la antigua experiencia. En vez de ser el grano de rareza en torno al cual se iba formando, al calor de unas frases vivas, la perla de una narración, lo nuevo sorprende y separa por ello al relato de todo lo que anteriormente se pudo haber transmitido. La literatura intenta a veces reparar, con un aire de nostalgia, esa liquidación de la tradición que lo nuevo al mismo tiempo efectúa y contradice. Puesto que, ¿cómo podríamos distinguir lo nuevo si ya no hubiera nada previo, ningún fondo para destacarlo? O bien, ¿cómo podríamos seguir contando algo si ya no hubiese siquiera la ilusión de cierta continuidad?

Pero también la literatura es una cosa del pasado, como los narradores orales; y aunque los escritores modernos buscaran un nuevo modo de narrar, aunque de una u otra manera se imaginaran una

voz rescatada desde el fondo del impulso narrativo originario, estaban todavía presos en la persecución de una lentitud irrecuperable. Estaban persiguiendo la artesanía del oficio, la orfebrería del estilo, la arquitectura individual de una estructura manejable. Ahora el acto de narrar quizás esté nuevamente cambiando de sentido, quizás sea tan sólo una acentuación más en las metamorfosis de lo nuevo.

¿A quién se dirige una narración? Las multitudes navegan desoladas a través de redes infinitas y se agolpan en determinados sitios, allí donde un charco de sangre negra y tibia les recuerda que alguna vez estuvieron vivas. Pero hay quienes se separan de esas noticias del mundo y aunque no puedan salir nunca, o casi nunca, de las redes que los sostienen, levantan una especie de orgullo y pretenden persistir en cierta legítima rareza. A esos altivos, a esos absortos que no quieren saber nada, que no aspiran a ganar más información, que no siguen esa marea general donde la literatura ya apenas existe, se dirige la narración.

¿Será entonces el arte de narrar una forma de la interpelación, que es también una distinción? La voz que narra pareciera llamar a cada uno por su nombre. En la

pequeña porción de vida contada, a veces tan sólo un instante que no se puede transmitir y que se explica, se merodea, se aloja en la sucesión de las palabras, el lector creará que está escuchando, más que leyendo. ¿Soñará acaso que el silencio de su cuerpo detenido por un rato en esas frases que le cuentan algo se ha vuelto un ritmo, el rumor de una extraña intimidad, desconocida hasta entonces y ahora finalmente reconocida?

Quizás ese llamado lo lleve más lejos aún, lo impulse a querer narrar a su vez una pequeña diferencia, porque no todo lo que llegó a conmoverlo estaba dicho en el relato. Y así sabrá que los narradores no buscaban lo nuevo, el simple asombro, sino la diferenciación, que es el principio de una comunidad: voces que se reconocen a sí mismas, voces que se complacen en otras voces, cada una separada de su sombra, aspirando a la densidad y el volumen de un cuerpo vivo, una caja vibrátil de resonancia intensa.

Así, en el arte de narrar nacen los otros, los que cuentan y los que son contados, los que sacrifican el tiempo de la vida en una tarea inútil que tal vez borre el tiempo, pero sabiendo que no hay otra justificación posible para el tiempo de la vida que pasa. ●

Evita traicionera

La vuelta

Washington Cucurto*

En un local de porquerías de época de la calle Guardia Vieja, tenía su base la rebelión cartonera más grande de Sudamérica. Y yo, que nada tenía que ver con eso, yo que hacía, componía y manipulaba versos al candor de mi antojo y al capricho de mi locura me acerqué hasta ahí a comprar unos libritos cartoneros. ¡Sí, el lugar era una cartonería! Pero, ¿cómo no iba a ir? Ahora que lo pienso, si yo también tenía el *métier* de las ediciones extrañas y de la lectura de poesía. Esos libritos finitos que nadie lee y tienen la fuerza de un cross a la mandíbula. Esa polenta que necesitamos todos en la vida, está en la poesía. ¡Está en los libros de poesía! –Virus, política, actitud beligerante o subversiva, embrujo (la llamo como quiero) de la lectura– (cómo me gustaría que este guión no se cerrara). Entonces, ¿qué me reprocho? ¿Cómo no iba a ir! Si coleccionar libros es lo mismo que juntar armas.

Abajo, en el subsuelo, había un aguantadero camuflado por las ediciones artesanales, ediciones de cartón mal dobladas y pegoteadas. La mayor actividad de ese sitio, pareció ser la compra de cartón a precio de oro y el acopio de resmas de papel de un grupo de cortadores a punto de morir de hambre, extraños “compaginadores” y pintores de tapitas de cartón. Piglia, Aira, Lamborghini de pronto eran semejantes a una misma idea. Todo estaba allí, dormido, reposando en el alfeijar de su envidiable salud, vitalizando la pobreza con el tesoro insondable que emana de las grandes obras. Luminosas obras escritas por manos de dedos cortadas, callosas y sucias. ¿Pudieron

haber prevenido, o al menos, futurolizado, tal paradoja, los Ocampo, los Bianco, los Viñas, los Bioy Casares, los boys Georges del Sur y su harén de seguidores a esta cofradía de otra literatura, otros libros de cartón hechos por “negritos cumbieros y simpáticos”? ¡No! ¡No pudieron! ¡Viva! Triunfó el cross a la mandíbula. Y los ancianos dueños del lenguaje, los europeizantes del Río de la Plata ni imaginaron que tal vez rebelión armada podría salir del cuño mismo de los libros, en una cartonería-verdulería de una olvidada calle de Almagro.

Pero, volviendo a mí mismo. ¿No tenía nada que hacer a esa hora? ¿No tenía nada interesante para leer en mi biblioteca para salir a buscar, a las tres de la tarde, bajo el rayo del sol, esos libritos artesanales con los que tanto simpatizaban los redactores de los suples culturales?

No tenía nada más importante que hacer que caer ahí, en el momento en que subían a un flete, a un Ford 250, con lona atrás, un arsenal de armas envueltas en cartones y en bolsas arpilleras. ¿Cómo podía ser que en ese momento de la siesta no pasara ningún vecino, ningún 168 por la puerta y la policía me declarase único testigo?

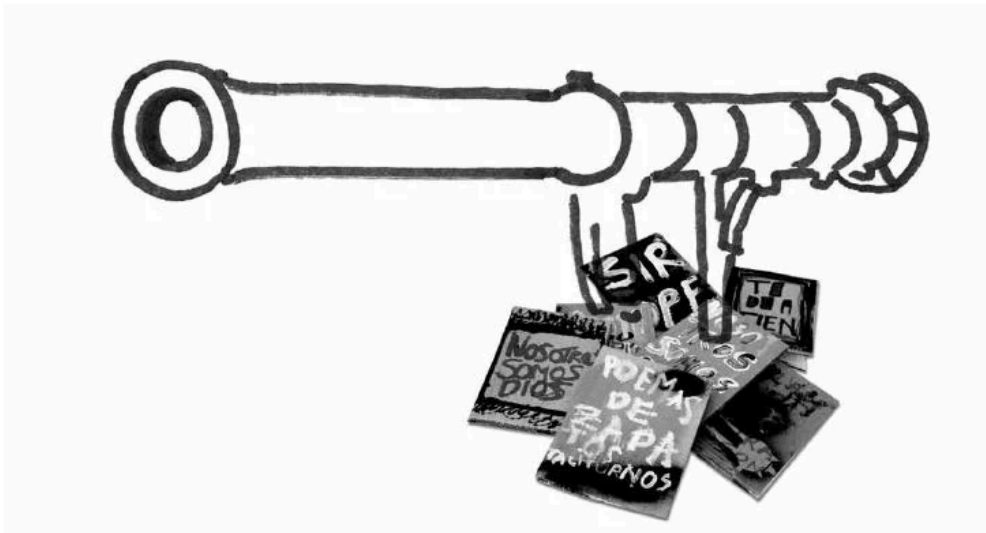
Un hombre, cuando entré, me atendió bien, le pedí varios de Lamborghini, un par de Ricardo Zelarayán (no leo un libro suyo desde hace veinte años. El último que leí fue *La Obsesión del espacio* y me encantó), otro de Martín Adán, tal vez uno de Haroldo de Campos que tanto me gustaba. Pedí. Y me perdí.

La verdad, es que un poco me atonté, me engolosiné es la palabra que mejor definiría la maravilla que me producían esos libritos de cartón, mientras a espaldas mías seguían cargando una camioneta cachasienta, vieja, engrasada. Yo hojeaba y elegía; hojeaba y releía; hojeaba y me entristecía, pues no tenía dinero más que para tres. Para pasar el fin de semana, ya estaba bien.

Un hombre con una escopeta y una capucha cayéndole del hombro me apuntó a la cabeza. Pensé que era un asalto, pero después vi salir de una puerta interior que estaba tapizada de posters de chicas desnudas, a tres, cuatro, cinco hombres con armas y la capucha bien puesta, como corresponde. ¿Por qué este se dejaba la cara? Sin duda, era un gesto de provocación hacia el mundo. Un gesto, en el fondo, revolú. Temí que me dispararan todos a la vez. Daniel Juglar exponía en ese antro, me acuerdo.

Me ordenaron que subiera a la camioneta y me callara. Yo, del miedo, solté los libritos. Pero los hombres no me lo permitieron y me ordenaron: “Lleva los libritos y subí”. Fueron las únicas palabras que me dirigieron hasta llegar al objetivo.

Viajé incómodo, apretado, con miedo. Éramos tantos en la caja de la camioneta y la lona no dejaba que el aire corriera. Las armas eran muchas y de todos los calibres. Sentí que la muerte se acercaba y me aferré a lo único consistente que tenía en las manos, esos libritos de cartón. A las cuadras, pude constatar que tenía las manos manchadas de ténpera. Por la transpiración, la ténpera se había



desprendido de la tapa de los libritos y me había manchado las manos. Los libritos sobrevivían en el mundo y, para mi sorpresa me mandaban mensajes verdes de esperanza. ¿Cuántos íbamos ahí atrás? ¿Veinte, veinticinco, treinta? Yo creo que éramos muchos más, porque algunos iban acurrucados en el piso y otros colgados a los costados de la camioneta. No entendía qué sucedía y hacia dónde íbamos. Pronto lo sabría. Por un agujerito de la lona pude ver que la camioneta enfilaba por calle Agüero y salía de golpe a Corrientes. Vi de refilón el Shopping del Abasto, las imágenes pasaban como en una película, la cara de Carlos Gardel sonriendo y me entristecí. ¡Yendo directo a la muerte y ver la sonrisa implacable de Gardel es un signo de una muerte inútil!

En ese momento supe que iba a morir. Mi vida se derramó en esa camioneta llena de armas que debería haber volcado. ¡No, nada de eso! De pronto, mi vida tomó un rumbo inesperado, maravilloso, revolucionario... Ocurrió cuando ella se sacó la capucha y se puso frente a mí, y me dio un arma mirándome a los ojos con un brillo nunca visto. Me corrieron por el cuerpo todas las energías, supe que no iba a morir bajo ninguna circunstancia. Me transmitió su fuerza. Me entregó el fusil y no sentí que fuera una orden, una obligación, cómo explicarlo, nos hermanamos. Ella aplaudió y me guiñó un ojo. Luego se fue a sentar en su lugar en la camioneta. Nunca más me habló, nunca más me miró. Me di cuenta, por su presencia, por su decisión que era la jefa. Me sorprendía que, de todos esos hombres, nadie dijera nada, ni nadie diera

un tipo de orden. Iban en silencio, hacia la muerte, el matadero o la victoria. Pero yo ya tenía bien en claro que no podía morir. Supuse que eso le pasaría a todos los que estábamos en la camioneta. Estábamos todos impresionados, obnubilados, con ella. Se sacaron las capuchas y comprobé que era gente joven, caras sufridas, pero jóvenes. Comenzaron a hablar y nadie impuso autoridad, nadie los hizo callar y eso me encantó, no había jerarquías militares. La camioneta paró y nadie conocía el objetivo. Al fin pude respirar un poco de aire fresco. Hacía mucho calor. Me di cuenta que estábamos frente al Cabildo, sobre la calle Diagonal Norte. ¿Qué hora sería? ¿Las cinco de la tarde? Mucha gente circulaba por la vereda. La mujer bajó, levantó el puño y saltó a la vereda. Sentí miedo al principio y después tomé valor. Apreté mi fusil y salté detrás de ella.

Ahí, mientras saltaba en el aire, el tiempo se detuvo para mí, y escuché la voz de mi padre que me decía de chico "Pili, Pilito, negrito, luchá siempre, no te quedes a mitad de camino en nada, jugátela siempre". Y la voz de mi padre, vendedor ambulante, se mezclaba con la voz del chofer que gritó "por el futuro y la victoria, siempre". Y después ya es todo descontrol, tiros, bombas, griteríos de la gente que a lo mejor salía de su trabajo, o iba a comprar un helado o a comprar un libro de usados por Avenida de Mayo. Quién sabe y qué importa.

De pronto, éramos todos soldados de primera tomando posiciones a los tiros en distintos lugares de la Plaza.

La guerra duró minutos. Nos estaban esperando. Ella peleó con valentía hasta el último minuto y muchos pibes quedaron muertos sobre la calle Diagonal Norte. Igual les matamos un par de caballos y yo, con una bazuka le di al balcón de la casa Rosada partiéndolo al medio. ¡Qué música, man, cuando se desmoronaba en pedazos! Cuando el humo se fue y me mostró el buraco, hermoso, sentí una gran felicidad: era mi venganza y el triunfo de todos. La Federal prendió fuego a la camioneta durante el mismo tiroteo. No aceptaban que hubiera rastros. Mataron a una madre y a sus hijos que no tenían nada que ver. Al chofer lo degollaron. Al cadáver de ella lo reconocieron y lo llevaron para adentro de la Rosada. A los otros compañeros que quedaban con vida, los fusilaron desarmados contra la pared. Nadie entendía qué pasaba. Yo me escapé entre la gente, gracias a que no tenía fajina militar. El orden volvió rápidamente y la gente borró la batalla llenando de nuevo las veredas del Cabildo. Yo perdí mi camino.

Al otro día volvía a la normalidad. En la librería de Casares de raros, agotados y primeras ediciones vi el libro de Aira con mi mano, la mancha de mi mano en la tapa. Lo vendía a 150 dólares.

Esta tarde me levanté de la cama y si todo fue un sueño fue algo hermoso imaginar que se podía, y si fuera verdad todavía no me olvido el brillo en los ojos de esa mujer que me había mostrado el camino. ¡Justo a mí, un sin rumbo, un sin regla! ○

*Poeta, narrador y editor. Fundador de la editorial Eloisa Cartonera.

La soledad del tobiano

Camila Sosa Villada*

Cuando el vecino le da la noticia la mujer lo mira sin sorpresa, indolente. Apenas le alcanza la voz para decir “gracias por avisar”. Y luego entra a la casa, sorteando los juguetes de madera de los hijos, y se sienta al borde enclenque de la silla, coloca el delantal sobre la mesa, le arranca unas hilachas viejas y comienza a razonar. No puede encontrarse con el dolor. Lo busca pero no siente dolor. Su esposo murió. La cantera se derrumbó sobre él. Sentada ahí, se obliga a sentir dolor por la muerte del esposo, porque es de buena cristiana hacerlo. Allí se queda, fría, toda la tarde. Pero es una mujer sin sentimientos. Lo más cercano al amor que experimenta, es la fidelidad a la iglesia, a los corredores de la iglesia que limpia una vez por semana y sus santos, flores y cruces. Quisiera recordar algo que la conecte de algún modo con ese marido muerto, un contrato de ternura. Piensa en la posibilidad de que su marido estuviera afuera, mojando su pelo blanco en la bomba de agua... Si se salvó de la muerte, le exigirá que vista de negro por el luto de los compañeros que han muerto. Los mineros son dignos de compasión, pues a ellos más que a nadie les duele el pan que se ganan. Ella se pondría sus faldones negros, su blusa volados negros, y sería, pequeña y desolada bajo la inclemencia del monte, como un capullo negro que llora muertes ajenas. Vestiría a los hijos con la ropa de ir a misa y con retazos de tela negra les haría brazaletes luctuosos (son primerizos en estos rituales

negros) y luego, pacientemente cortaría las mismas flores que corta para la iglesia, y las pondría en las tumbas de los compañeros de su esposo, y a la medianoche, terminado el entierro, sentada frente a ese marido que se escapó del zarpazo de la muerte, viéndolo sumirse en el pantano de una borrachera, lloraría de autocompasión, por ese dolor de estar sosteniendo la noche del déspota que tuvo la suerte de no morir esa mañana como todos los demás. Todo eso piensa, sentada en la mesa, mientras estruja la cruda tela de su delantal, y de repente, se da cuenta de que tiene que decirle a sus hijos que el padre ha muerto.

Desde pequeña fue acostumbrándose a la muerte. Enterró a sus padres fulminados por el cólera, a un hermano pequeño muerto en la boca de un chanco, a un hijo mordido por una cascabel que sorteó sus precauciones. Ella era quien cerraba los ojos de los muertos en el pueblo, y quien consolaba a aquellas que no entendían la muerte. Reuniría a sus hijos y les diría: papá murió hoy en las canteras, hay que ser fuertes y rezar mucho para que descanse en paz. No quiero que lloren, quiero que estén serios y se queden conmigo, sin ensuciarse ni hablar mucho. Silencio cuando estemos en casa. Nos diremos sólo las cosas necesarias, sin música, y hay que abrir las jaulas de los pájaros, para que se vuelen y no canten en la casa. Todo eso les diría, y bañaría a las dos pequeñas, les pondría sus vestiditos claros, y serían como florcitas en el funeral de los mineros, les haría trenzas

muy tirantes con esos cabellos rubios finos como la nada. A los más grandes les daría sus brazaletes cosidos a mano. Y después, al más pequeño de sus hijos, le diría que no hay nada de qué preocuparse, que dios proveerá, hay que tener fe, y no pensar en cosas malas. Que seguirá lloviendo sobre la tierra y las flores crecerán hacia el cielo para arriba y que en algún momento, la muerte se reconciliará con la vida. Y el niño, que llora como un poeta por todas las cosas de la tierra, lloraría mucho y nadie tendría corazón para no dejarlo llorar. Perfumaría un pañuelito bordado con su nombre, y se lo pondría en el bolsillo, y si ve que el niño no halla consuelo, también un pedacito de pan dulce y le daría su mano, cosa que nunca había hecho y nunca más volvería a hacer.

La casa de pronto le parece vacía, como si el aire hubiera salido por la puerta. Su mirada erra hasta que se posa en la horqueta donde su marido ataba a su tobiano, piensa en el caballo, piensa en cuando por las noches escuchaba el galope del caballo acercándose a la casa. El marido desensillando, atándolo a la horqueta de ese tala viejo, poniéndole maíz en el morral, y soplándole la nariz para que no lo extrañe. ¡Qué ternura para ese caballo! como si hubiera sido hijo suyo. Cuando entraba a la casa, era como si toda la ternura se le volviera rencor, encontraba mal dispuestas todas las cosas, la comida siempre fría, sin sabor, le parecía que los niños se dormían demasiado pronto, las tareas que había dejado mal hechas,



los animales nerviosos, la noche muy oscura, las velas consumidas, el fogón mal prendido, todo hecho a propósito para molestarlo a él, el minero que pierde la vista en las canteras, el gobernador de esa casa que parece rebelarse contra sus mandatos. Entonces se sentaba en la mesa, comía esa comida mal cocinada, y miraba a su mujer juzgándola por todo, observándola tan pequeña, tan blanca, tan insensible a todo, y entonces bastaba un gesto, un cambio de posición, un leve suspiro por parte de ella y eso era suficiente para golpearla, un chicotazo con el repasador o un pisotón en el pie, y ella en su resignación, callaba y retenía las lágrimas, con la garganta hinchada como por una picadura maligna, entonces levantaba los platos, llenaba una botella pequeña con el vino de la damajuana y volvía a sentarse muy cerca de su marido, que se iba emborrachando paulatinamente, cóntandole las hazañas del tobiano, las toneladas de piedra, la injusticia del calor, y ella escuchaba y lo veía sumirse en el sopor de la borrachera, hasta que ya indefenso y sin fuerzas para propinar golpes, iba durmiéndose como un viejo. Entonces

lo llevaba a la cama, le limpiaba los pies con una toalla húmeda, e iba apagando la vida de la casa hasta que todo quedaba en silencio y oscuridad y podía ir a acostarse junto a él. A esa cama que ahora ve muerta en el cuarto vacío, y comprende que el dolor no llegará nunca, porque ese hombre jamás pudo entrar en su corazón ni ocupar su alma como ocupaba todo lo demás. Mira el cuarto donde alguna vez su esposo le quitó por primera vez las enaguas, las medias, el bombachón, le desprendió los botones de la blusa y deshizo el rodete que la coronaba, con las mismas ternuras que usaba para desensillar al tobiano, la había acostado en la cama, separado sus piernas, y diciéndole que le avisara si es que dolía mucho, la había hecho suya y cuando ella había dicho me duele, él había dicho que aguantara un poquito más, y cuando ella le había dicho que no podía más, él le había dicho que se callara y que aguantara otro poco más, y cuando a ella le parecía ya no tan malo, él se había derramado por completo dentro de ella, resbalando sobre ella por el sudor. De pronto, ladran los perros, y se escucha el galope manso de dos caballos. Es un amigo

de la familia que trae el caballo del esposo sujetado por las riendas, el tobiano viene nervioso guiado por ese desconocido, el paso confundido, retrasado, con los ojos asustados. El vecino dice buen día, buen día dice ella desde la silla y sale a ver qué cosas trae este hombre, y él le dice: es así la vida, a veces estamos a veces no estamos. ¿Cuántos murieron? hasta ahora siete, y el capataz está vivo bajo un montón de piedras, están todos tratando de sacarlo del montón de piedras... ¿usted está bien?, yo sigo sin entender nada. ¿Los chicos lo saben?, los chicos están en la escuela. ¿A qué hora vienen? pobres criaturas quedarse sin padre ahora que es cuando más lo necesitan, Dios nos va a ayudar, estoy segura. Sí, yo también estoy seguro. ¿Usted cree que los patrones van a hacerse cargo de algo? No creo, vio como son estas cosas, usted vaya a la oficina pronto, o pídale ayuda a su padrino que los conoce bien, por lo demás cuente conmigo para lo que sea, mi más sentido pésame, la acompaño en el sentimiento. Gracias compadre. Le ato el caballo, venía nervioso el mozo... No, lo ato yo y le voy a dar agua que debe venir con sed. Bueno, vengo más tardecita a verla ¿le parece? y entonces el paisano se va y ella se queda sola, frente a frente con el único ser en la tierra que le había sacado una caricia a su difunto marido y se deja invadir por una paz líquida. Se acerca al caballo, lo desensilla, le pone agua, le hace unas cosquillas entre los ojos y estando ahí, frente a frente con el caballo, llora, llora hasta que el dolor la obliga a doblarse sobre sí misma, y cualquiera que la ve pensaría que amaba a su marido y que no va a poder seguir viviendo sin él, pero en realidad, llora terriblemente por la muerte de todos los hombres y por la muerte de su hijo, y por la muerte de sus padres, llora por la muerte de todos esos hombres, obra de dios, que mueren a manos de la injusticia y el desamparo de la pobreza, llora por ese hombre, por ese compañero, por ese caballo sin dueño, y por la silla de montar que nadie más se atreverá a usar por respeto al padre, y por sus hijos que no entenderán nada, y por la proximidad del despotismo de su hijo mayor, que ahora va a poder hacer y deshacer a su antojo, que es ley de la vida que los hijos mayores gobiernen lo que los padres no gobiernan, y ella intuye el mismo y malicioso germen de su esposo en ese hijo suyo, y entonces, el mundo se vuelve pequeño como una semilla y no encuentra a dios en todo ese maldito campo, y allí la encuentran por fin sus hijos, al caer la tarde, que vienen llorando la noticia del padre muerto, y la abrazan, y su hijo más pequeño, con su guardapolvos sucio y manchado de tinta, le pone entre las manos un pedacito de pan dulce para que la tristeza se le haga menos dura. Estamos solos, dice ella. No ha cambiado nada. Y entran a la casa mientras el tobiano mastica su soledad sin dueño. ●

*Actriz, escritora. Protagonista de la reconocida obra *Carnes Tolendas*.

Esquina con tetas

José Playo*



Cuando la Nelly sacaba la torta a la vereda, pasaban cosas. Yo era boludo pero no tanto, me daba cuenta. Primero la gente se arremolinaba sobre la mesa esperando que ella repartiera las servilletas húmedas y pesadas. Al principio había un respeto de turnos que hasta se podía confundir con camaradería, pero todo se iba al carajo cuando alguien daba el primer codazo, en respuesta al avivado que pedía doble ración para un supuesto amigo que estaba lejos de la mesa:

— ¡No é pa mí, e pal flaco, loco!

El éxito de las tortas de la Nelly, entiendo bien ahora que soy grandecito, no radicaba en el punto del bizcochuelo —aunque hay que darle crédito a la textura y a la esponjosidad, endemoniadamente tentadoras—; lo que ocurría en esa esquina nada tenía que ver ni con la suavidad del dulce de leche rebajado con crema, ni con las chispitas de crocante: todos los que venían el sábado a ese córner de Bella Vista sabían que por tres billetes, además de la generosa porción, tenían una platea preferencial de las mejores tetas de aquel lado de La Cañada, cada vez que la Nelly se agachaba y las bamboleaba sobre la mesa. A mí la Nelly me tenía cariño. Yo le daba una mano con el cobro, intentando manejar a una jauría hambrienta y empingada que, aún con los lienzos tirantes como inauguración de mástiles, se las ingenaban para acomodarte algún que otro fiasco entre los billetes. Era un negocio de calle, la plata iba y venía rápido, y si no tenías cuidado te enchufaban hasta papel de cuete.

— ¡Qué vasé falso, ortiva; é güeno, mirá: é pulenta!

Los sábados a media mañana el barrio se revolucionaba cuando la Nelly se inclinaba sensual sobre la mesa, y la platea masculina bullía esperando ver la tela de la camisa abrirse en una V generosa que de pedo cubría un cuarto de teta. Ancianos, jóvenes, niños; todos pedían que les hicieran lugar y vociferaban:

— ¡Falto ió, Nelly! ¡A mí me saltiáste!

Ella se limitaba a entrecerrar los ojos ladeando la cabeza, una mueca de niña tonta que lejos estaba de ser casual, una postura estudiada con ímpetu frente al espejo para lograr el efecto adecuado, un mohín que iluminaba su rostro con inocencia lasciva y chinesca.

—Mencanta el flequío ese de petera —solía escucharse entre los parroquianos soldados a las baldosas.

El show terminaba cuando la madre de la Nelly —una señora gorda que tenía bigotes y un aliento como si se hubiera comido una ensalada de culos— disolvía la tertulia con estruendosos chancletazos que repartía a diestra y siniestra. Y la Nelly se reía. Todavía hoy, si cierro los ojos, puedo ver a la chica más caliente de la cuadra chupándose los dedos chocolataos entre risotadas cristalinas mientras su progenitora ejercitaba los brazos como molinetes sobre el lomo de los vecinos incandescentes.

En el barrio no las querían. Se rumoreaba que el padre de la Nelly había muerto con una pierna a cada lado de una tapia, de un balazo servido por el dueño de la casa que lo descubrió cuando intentaba sacar una reposera. Aún yo siendo pendejo entendía que madre e hija montaban el espectáculo de los sábados para hacerse unos mangos y de paso escandalizar a los maridos y a los hijos de las viejas que las cuereaban entre escobas y veredas:

—Tení que sacále TODA la guita a eto culiáu, Nelly. Y iá que tamo, ió me saco la bronca cagándolo a palo, ¡AJAJA.

Yo los sábados andaba solo y me quedaba a comer con ellas. Después de la tortilla y el vino, la vieja iba y se tiraba a roncar sobre un camastro que rechinaba como cien bancos de iglesia. Era nuestro momento, limpiábamos la mesa y contábamos la guita con la Nelly. Esa era la parte más inquietante de la semana, el lapso de tiempo que yo aguardaba con impaciencia, convencido de que alguna vez tomaría coraje y optaría de forma correcta ante la elección que todas las semanas se me planteaba después de alisar los billetes. La Nelly me miraba seria y decía:

— ¿Querí que te pague o preferí chuparme las tetas?

Siempre, cada vez, yo hacía lo mismo: chapaba un toquito de monedas y salía corriendo tan rápido que, cuando pasaba por la cortina de la puerta, las tiritas de colores se me enganchaban en el cuello y en las piernas y terminaba tirando el barral a la mierda, mientras la risa de la Nelly me acompañaba tres cuadras que dolían como una operación de cabeza.

Una sola vez me quedé. Ella me miró con cara seria y después me agarró la mano y se la puso en el cuello. No me puedo sacar de la cabeza la forma en que se le curvaba el grito al heladero

que pasaba por la calle mientras la exploraba con los dedos inseguros y más fríos que un glaciar.

—HEEE-LÁO-LÁOOOO...

La muñeca me temblaba y el ronroneo de la Nelly me hacía atragantar.

—PALITO-BOMBÓMHELÁOOOOO...

Encontré los pezones mucho más rápido de lo que pensaba. Con la nariz enterrada en una marea asfixiante de tetas saladas que olían a jabón Gran Federal, le chupé las aureolas como un lactante, hasta que la Nelly me dijo «vamo al baño yanomá». Le seguí el culo hasta el cuartito y nos acomodamos entre el inodoro y la bacha. A mí la cabeza me latía como si el corazón y los sesos se me hubieran cambiado de lugar.

—HEEEEE-LÁO-LÁAAAAOOOOO... —y el flequillo de la Nelly empezó a bajar.

Mientras ella se agachaba llevándome al piso, escuché por la ventanita que el heladero hablaba con el viejo de la quiniela:

—Parece que lo de La Tela fue un torná. ¿Vo ti acordái de la cantidad de perro que había en La Tela?

Sentados en el suelo sobre mis monedas, nos empezamos a masticar.

—See, qué manera de habé perro en La Tela.

Yo imaginaba racimos de perros que recorrían las calles de tierra deshojándose en polvareda mientras me raspaba los codos con el estucado y el revoque grueso, cada vez que cambiábamos de lugar.

—Bueno, apena arrancó el vientazo y se formó l' huracán, lo perro empezaron a volá como si fueran bolsa suelta.

— ¿Se los ievó el viento?

—No sabé cómo volaban. Al otro día dicen que todavía seguían caiendo perros muerto del cielo hasta por Amheguino Norte. Así la cantidá de bicho.

Mientras le chupaba los dedos y confundía el sabor del chocolate con el de la guita, imaginé que del otro lado de los ladrillos grises, más allá del marco de la ventana que babeaba cemento, había animales muertos colgados de los árboles, regados sobre los techos, estrellados contra los patios.

Poquito nomás pude aguantar. ◉

*Escritor. Creador de la revista y el multipremiado blog *Peinote que viene gente*.



Atómica mente

Juan Diego Incardona*

Estaba en la vereda jugando con las hormigas. Las negras caminaban por las canaletas de las baldosas, las rojas por cualquier parte. En un momento, empezaron a trepar la pared hacia mi terraza, porque sabían que ahí mis abuelos tenían macetas. Yo no quise que subieran todas, para que no pelaran las plantas, pero como me dio pena que pasaran hambre, elegí algunas representativas y les abrí el paso sólo a ellas, para que les trajeran comida a las demás. Después, levanté una negra y una colorada. A la primera, la subí en una hoja caída del gomero y la mandé por la zanja hacia Giribone, en bote, para que fuera a explorar; a la otra, la metí en el agujero del cordón, en busca de bichos muertos, porque sabía que su tribu era carnívora. Me acosté boca abajo en el piso y me asomé al desagüe para mirar: caracoles huecos y cucarachas patas para arriba. Le dije a la colorada que no se distrajera y siguiera más al fondo. Ella avanzó por el costado, porque en el caño corría un hilo de agua. Seguí su recorrido con atención. Al principio, el mal olor me hacía picar la nariz, pero de a poco me fui acostumbrando y no sólo eso, porque después empezó a gustarme y a darme un sueño raro que, en vez de cerrarme los ojos, me los abría más grandes y me dejaba ver en la oscuridad y por adentro de las cañerías, como si la hormiga me hubiera prestado su vista.

Llegué a una curva. Una catarata cayó de repente y casi me arrastra, pero por suerte aguanté, agarrándome fuerte con las seis patas. Seguro arriba alguien estaba lavando en la pileta del patio. Me apuré antes de que volvieran a abrir la canilla. El hueco de la tubería se fue achicando a causa del sarro y, aunque mi cuerpo era pequeño, se me hacía complicado avanzar, de tan estrecho. En esa parte, además, el camino iba en subida. Probé clavando las dos patas de adelante, mientras me empujaba con todas las de atrás. Era muy cansador. Para colmo, las basuritas enganchadas y las piedras de cloro pegadas al caño me raspaban la cabeza, que

pronto empezó a sangrar. Frené y me eché un rato, para reponer energías. Si en ese momento, hubieran abierto el agua otra vez, no habría podido hacer nada para impedir que la correntada me llevara hacia afuera. Tenía que levantarme. Instintivamente, me puse a romper las piedras con mis grandes mandíbulas, un ejercicio que no me causaba molestia alguna, al contrario, me hacía sentir mucho mejor. Mis mordidas explotaban el sarro y lo convertían en nubes de polvo. De este modo, logré seguir, hasta que llegué a una parte más ancha, donde la cañería se abría en dos caminos. Uno seguía derecho y al mismo nivel; el otro doblaba a la izquierda y bajaba. Preferí tomar este último. Pronto, las paredes dejaron de estar entubadas y el caño se convirtió en un túnel, donde había un arroyo subterráneo. Las orillas estaban llenas de hongos y a cada rato me patinaba. Era difícil moverse, así que me subí al techo y caminé al revés, pero la tierra, ablandada por la humedad, caía en pelotas de barro y yo corría peligro de morir aplastado. Bajé de nuevo y me quedé quieto, pensando qué me convenía, si los hongos o el barro, cuando, para mi sorpresa, me encontré una tapita de vino. No lo pensé dos veces y la empujé al agua con toda mi fuerza y después me subí. Los desagües empezaron a llevarme rápido, cada vez más abajo, atravesando pozos ciegos y descargas, por debajo de las casas y las calles.

La velocidad me echaba para atrás las antenas y me empecé a marear. El túnel cambiaba de color, primero rojo, al rato amarillo, después verde. La tapita se zarandeaba y yo tenía miedo de caerme, pero el tobogán me dio un respiro y cayó en un charco, adentro de una gran cueva. El golpe levantó agua y quedé empapado. El líquido tenía gusto a azúcar y huevo, muy rico. De pronto empecé a escuchar una voz que llegaba de arriba, quizás desde lejos, de alguna casa del barrio Sarmiento o de La Salada, pero que se entendía igual que si hablara al lado mío, por lo bien que viajaba el

sonido por los caños y a través de las grietas, rebotando en las bóvedas y las napas de agua. Era la voz de una señora que hablaba con alguien, le decía mijo, cuántas veces te lo pedí, te lo rogué, no te juntes con el Jorge porque vas a terminar mal, pero vos sos caprichoso y nunca me hacés caso, te vas de ferra o a andá a saber adónde, te metés con gente mala y después pasan estas cosas. ¿Y ahora quién va a pagar los platos rotos? Te lo voy a decir: nada más que vos, mijo. ¿O te pensás que el Jorge va a mover un dedo para ayudarte? Acordate cuando fue lo de.

La voz se calló de golpe. Seguro algo había tapado el sonido en medio del recorrido, quizás una pelota de barro había caído sobre una grieta, o alguien había abierto una canilla y el agua, por las cañerías, se llevó la voz en otra dirección, echándola en el Reconquista o en el río Matanza. Seguí adelante, hasta que choqué con una piedra que tapaba el camino. Miré a todas partes buscando una salida, pero no podía encontrarla. De a poco, empecé a escuchar voces nuevas, pero no entendía bien lo que conversaban porque todo lo decían por la mitad, como si fueran secretos, que había que esconder las cosas, que la habían agarrado a Moni, que había que rajar. Me acerqué a las paredes para escuchar mejor y descubrí que las palabras salían por un agujerito. Escarbé en los costados y de a poco fui agrandando la abertura. Junté las patas y metí la cabeza. Del otro lado, se abría un abismo inmenso, que parecía no tener orilla contraria. Quedé fascinado. Contemplé el vacío y pronto me puse a jugar con la imaginación. Primero pensé que era el Río de la Plata, el más ancho del mundo, que corría por debajo de mi barrio; después me inventé que mejor estaba parado en la cornisa de la atmósfera, frente al espacio. En esta galaxia ya no brillaban las estrellas ni giraban los planetas y las lunas, no viajaban los cometas ni se amontonaban asteroides, porque todos los astros se habían caído hacia rato, mucho tiempo antes de que yo llegara. Frente a mí, la oscuridad se movía, empujada por la fuerza del respiradero que la gente del conurbano había tirado, a propósito o sin darse cuenta, al incinerador del micromundo.

Palabras y alientos vitales horadaban el barro, más abajo que los sótanos. Comprendí que nunca más iba a tener amigos ni a poder hablar con mi familia, que nunca llegaría a grande y que no tendría hijos. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo, y entonces me arrojé, por la cueva láctea, en seis patas, dos antenas, un aguijón. Enseguida perdí la conciencia, pero como ni siquiera el universo es para siempre, en algún momento abrí los ojos de nuevo, frente al agujero del cordón de la calle Martín Ugarte. Alrededor, Villa Celina dormía la siesta. Apoyé las manos en la zanja y me puse de pie. Seguí la ruta de las canaletas y atravesé las baldosas de la vereda. Abrí la puerta de hierro, entré al porche; abrí la puerta de chapa, entré al pasillo; abrí la puerta de madera, entré al patio de mi casa. El calor del verano evaporaba las gotas que goteaban de la canilla antes de que el agua tocara el suelo. ○

*Escritor, periodista, colaborado de la revista Rolling Stone.

De las andanzas, las trasmutaciones y las revelaciones del presunto huevo de la revolución por el puerto del exilio*

Luis Rodeiro**

"Yo me llevé el huevo de la revolución para que empollara en el momento oportuno".

Yo, *el Supremo*. A. Roa Bastos

10 | EDICIÓN ESPECIAL

Eran cientos, acaso miles. Los hombres que veía ese día, boquiabierto. Yo intentaba una audaz, atrevida, intrépida travesía. Un viaje mágico. Esta vez, flotando sobre una frágil planchuela de corcho sobre el mar de humo de sucesivos cigarrillos.

Desde mi improvisada barca yo divisaba esa acción que me parecía –no sé por qué– haberla representado yo mismo alguna vez, en otro tiempo de un mismo tiempo.

Eran cientos, acaso miles. Los hombres que veía ese día. Y los veía extrañamente con sus cuerpos arratonados, como si ese cambio físico, esa casi imperceptible trasmutación para los ojos del común, hubiera sido exigida por las extrañas acciones que realizaban. La aparente representación en un trasfondo brumoso hacía resaltar las figuras que sucesivamente entraban en acción. Navegar en humo es como caminar entre nubes.

Había unos –exactamente la mitad de los cientos, acaso de los miles– extendidos sobre el suelo, de cara a las estrellas que aún tenuemente brillaban y sobre sus panzas multiformes, aprisionado con manos y pies, cargaban un huevo. Sí, un huevo inmenso como luna nueva. Otros hombres –exactamente la mitad restante–, de cuerpos arratonados, solemnemente tiraban de la cola de su respectiva pareja asida fuertemente por la boca, apretada con los dientes, en un movimiento continuo, minucioso, no sin cierta bizarra cadencia.

De dos en dos, avanzaban los cientos, acaso miles de hombres y mujeres de cuerpos arratonados, rumbo al norte, hacia la frontera de su territorio. Evidentemente se trataba de un éxodo, de un abandono de su hábitáculo original. Marchaban salvando

obstáculos, soslayando rigurosos controles, dispersos y a los tumbos, pero apropiados de su gesto inusual, de ese oficio no cotidiano, seguramente desacostumbrado.

El huevo inmenso como una luna nueva, pesado como pesado fardo, era traslúcido para mis ojos sorprendidos y desorbitados. La yema roja, sangre, púrpura, bandera, intacta y redonda, ocupaba un centro tan proporcionado como exacto. Transparente, permitía advertir en su interior, en un marco de primaveral júbilo, realmente inédito para mí, una mesa de incontables comensales de overol que devoraban flores y mieles. De las vides cargadas de ebrios racimos, directamente, manaba un vino rojo como esta yema, tan espeso como la sangre, tan alegre como una bandera, y que bebían –chorreándoles los labios y las mejillas– los incontables hombres de rostros comunes, rebosantes, obreros y sin cuerpos arratonados.

En el horizonte, un campo verde y triguil ilimitado. Las rejas de arado que descansaban a la vera de los caminos, tenían huellas de haber cumplido –en otros tiempos de un mismo tiempo– funciones guerreras. Ningún uniforme policial vigilaba. Ningún militar apuntaba. Niños y adolescentes como pájaros libres bailaban desnudos, en una libertad inimaginable.

La clara, en tanto, no era blanca, sino de un triste y opaco gris. También trasparente para mis ojos, en esta misteriosa visión navegante sobre el mar de humo de mis cigarrillos. Infinidad de caminos, callejuelas estrechas. Intrincados atajos, tenues senderos, la surcaban. Se entrecruzaban, se bifurcaban, se perdían, como en los laberintos sinuosos de los juegos infantiles. Sólo uno –más marcadamente gris– llegaba al rojo de la yema. Los caminos –a excepción del más marcadamente gris– tenían rastros de haber sido muchas veces transitados. Una mueca de cansancio acompañaba a los más en su actual soledad. En algunos había obstáculos

insalvables, en muchos signos de recientes batallas.

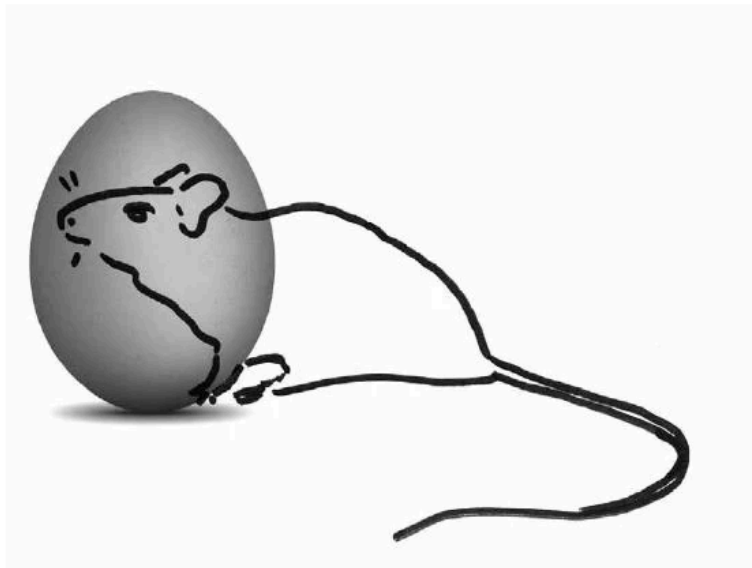
Los mismos rostros alegres del cálido banquete, que contemplé en mi visión navegante en la yema roja, aparecían –ahora en la clara grisácea– temerosos y melancólicos. Algunos, que me habían llamado la atención por su fresca sonrisa estaban reproducidos con rasgos policíacos, fusil en mano, apuntando a sus compañeros. Las vides resacas no ofrecían sus racimos. Los niños y adolescentes, pájaros tristes.

Y todo este misterioso, mágico e inmenso huevo como luna nueva daba la impresión de un ejemplar único, que no obstante se multiplicaba con iguales formas y contenidos sobre cada estómago del hombre de cuerpo arratonado que lo aprisiona con manos y pies, con pies y manos, y que es arrastrado de su cola por el cómplice, el compañero de fuga o éxodo. Caminaban en un silencio religioso, litúrgico, místico. Imperturbables. Cada pareja, al parecer, ignoraba a su igual. Todos marchaban convencidos de la originalidad de su acción. Un gesto no exento de heroísmo surcaba los rostros sudorosos de los hombres de cuerpos arratonados.

Por momentos, cambian sus funciones. Invierten las tareas. Alternativamente los miembros de la pareja tienen la responsabilidad de llevar semejante huevo, inmenso como luna nueva.

La última imagen retenida por mis asombrados ojos, en esta loca visión navegante, es la de esta caravana de hombres y mujeres, que de dos en dos, ignorándose, rompen las vallas de las fronteras y por distintos rumbos se dispersan con su inmenso huevo a cuestas.

Transcurrieron días, quizá meses, de esta alucinación absurda. Hasta que en un atardecer, cuando el sol agota sus brasas en el triste puerto del exilio, estaba yo sentado en un bar –sorbiendo despaciosamente mi café– junto a unos compatriotas recién llegados de mi país al sur, después de amenazas y persecuciones.



De súbito, sentí como si mis antiguos amigos comenzaran a mutarse y un cuerpo arratonado, emergía difuso bajo sus rostros humanos y conocidos.

Nervioso, refregué mis ojos. Pero esos cuerpos difusos fueron adquiriendo caracteres más definidos y nítidos, a medida que desgranábamos nuestra conversación de bienrecuerdos, malmeacuerdos, y nomerecuerdos. En un momento, guiñándose un ojo en mirada cómplice, con sus cuerpos arratonados se consultaron, se preguntaron, si yo era digno de conocer, de participar de su guardado secreto.

Perplejo, sólo atinaba al silencio. Después, con una voz que era casi un susurro, se acercaron y me confiaron: "Hermano: la dictadura ni lo sueña: nos hemos traído el huevo de la revolución. Intacto. Aquí. Para que empolle en el momento oportuno".

El huevo de la revolución, dijeron. Que era inmenso como una luna nueva, dijeron. El huevo de la revolución, me dije. Inmenso como una luna nueva, me repetí. Y no pude dejar de pensar en los cientos, acaso miles, de cuerpos arratonados que, de dos en dos, acarreaban hacia afuera de aquel territorio al sur los inmensos huevos como lunas nuevas. Preferí callar. ¿Cuántos huevos de la revolución –según mi visión navegante– habrían llegado a este paraje de exilio? ¿Cómo decirles que debían estar confundidos, que sólo podía ser una ilusión, que sólo podía tratarse de burdas réplicas? En definitiva, que el huevo de la revolución no podía ser sino uno y que estaría empollándose lejos de nosotros –sin nosotros– en el calor de algún humilde rescoldo, en algún improvisado fogón, en algún brasero de antaño bien tapadito con cenizas. Allá. Apantallado de cuando en vez –cuando se distraen los ojosvigilantes, los hombresmetrallas– quizá en el baño oscuro de alguna fábrica salpicado de bosta, en el gallinero de una casita humilde, hasta en una sacristía subversiva medio ahogado de incienso. Pero allá.

Ofuscados con mi silencio, partieron ensimismados a empollar su huevo inmenso como una luna nueva. Mi capacidad de asombro iba languideciendo cuando esa loca escena, con el mismo desarrollo, la misma ofuscada partida final se repitió una y otra vez con otros compañeros o simples compatriotas. Inevitable, llegó el tiempo en que los poseedores de los múltiples huevos comenzaron la ardua lucha por demostrar cuál de los cientos, acaso miles, inmensos como luna nueva, era el auténtico huevo de la revolución. El legítimo. El no falsificado. El único huevo de la revolución.

Versiones hubo que la encarnizada pugna y el simple transcurrir fue comprimiendo el tamaño de los huevos inmensos como luna nueva. Quizá, también, simple ocurrencia mía, las necesidades de armas para la inminente batalla por la autenticidad del huevo o las exigencias prácticas que requería el transportarlo, enseñarlo, con orgullo y altanería, influyó en esta presunta modificación.

Así, llegó el día. Aún lo recuerdo con una no deseada claridad. Fue en una de esas siempre recordables efemérides de la patria al sur, cuando ganados por la evocación nos reunimos en torno a un asado de jugosas carnes. Oronda la parrilla en tierra extraña, sobre un río de brasas juveniles, mostraba las negras morcillas, los enrojecidos chorizos, los nerviosos chinchulines, la rebosante carne que comenzaba lentamente a dorarse.

Cuando la grasa de esos manjares comenzaba a chirriar y uno ya comía y hasta saboreaba con los ojos, fue que se armó la batalla final. Una vez más en esta historia, mis ojos sorprendidos vieron –confirmando los rumores– que los otroras inmensos huevos como luna nueva, se habían convertido –¡oh, trágica mutación!– en unos tristes huevos de gallinas, que cada obcecado poseedor blandía desafiante en sus manos crispadas, mientras desafortado

pretendía hacerse escuchar en aquel babélico bullicio gritando:

"Compañeros: este es el único, el legítimo huevo de la revolución. De esta posición firme e irrevocable no nos moverá nada ni nadie. La sangre derramada no será negociada".

La otra mitad aplaudía a rabiar el mismo texto memorizado y expuesto alternativamente por múltiples oradores de fuego.

Yo alcancé a ensartar un chorizo que lloraba, con mi infaltable trinquete de navegante; y crucé furtivo el campo de batalla, en el momento preciso en que fuera de sí los comensales patrios se arrojaban unos a otros los presuntos huevitos de la revolución. Y en ese fragor, un enanito se abrió camino y se instaló rechoncho en el centro mismo del improvisado escenario bélico. Para llamar la atención de los contendientes, lanzó al aire un pedo que resonó como una trompeta. Sonrió, saludó como un clown, y dijo llevándose las manos hacia la boca en forma de bocina: "Soy el enano Verdad y ustedes verán". Se reanudó la guerra y los huevitos, que habían quedado suspendidos en el aire durante la intervención del enano, prosiguieron su curso para estallar en el rostro y el cuerpo de los mutuos adversarios, descubriendo su apretado secreto: una triste consistencia plástica dormía su sueño bajo el frágil cascarón.

Sólo yo y el enano, supongo, pudimos advertir la transparencia de los elementos. La yema roja, sangre, púrpura, bandera. La yema-banquete. La clara-caminos bifurcados.

"Esos son huevitos falsos, huevitos de ilusiones", gritó la voz enronquecida de un hombre oscuro, inmutable, que con paso cansino se dirigió a la gran mesa de la comilona frustrada y con agilidad se encaramó en ella. En medio de un curioso silencio, el hombre con movimientos lentos se aflojó el cinturón, se bajó los pantalones y un par de huevos lánguidos, flácidos, horriblemente quemados, con signos de sádicas torturas, quedaron al descubierto. Muchos bajaron la vista como avergonzados.

Luego habló con su voz ronca. "Podría decirles que estos testículos quemados, mutilados, torturados, son los auténticos huevos de la revolución. Pero no. Quizá sea la réplica más aproximada del estado actual del huevo de la revolución. Nada sabemos con exactitud. Yo, el Proletario, que he merodeado en todos los tiempos –de un mismo tiempo– el viejo huevo de la revolución, jamás pude atravesar su cáscara, entrar en su santuario. Apuesta, aventura, desafío, el huevo de la revolución, eso sí, el auténtico, está siendo empollado, lejos de este puerto de exilio, allá lejos en mi país al sur. Para usar las palabras del escribón, en algún humilde rescoldo, en algún antiguo fogón, en un pequeño brasero, trágico saldo de antiguos fuegos en flor, de locas llamadas festivas". Calló y a horcajadas del enano Verdad desapareció entre el grueso humo de la parrillada quemada. Algunos le siguieron con su mirada hasta no verlos. Otros, gateando sobre el jardín, juntaron una a una las partículas de su huevo y lo reconstruyeron, a la par que musitaban: "Hemos traído el huevo de la revolución y lo empollaremos en el momento oportuno". ●

*Texto perteneciente al libro *Veni, volé sentí*, publicado en México, en 1977. Inédito en Argentina.

**Periodista. Exdirector de Página 12 Córdoba.

El instituto

Antonio Oviedo*

12

EDICIÓN ESPECIAL

Para mí fue una verdadera sorpresa que Carlita me hiciera una seña con la cabeza aquella mañana. Ella venía caminando en sentido contrario al mío, los crujidos del sendero arenado del jardín parecían emitir dos ecos; con las respectivas pisadas los ecos se iban alternando y el oído, el mío al menos, terminó rápidamente por adaptarse a esos mutuos intercambios de sonidos que a esa hora, las nueve de la mañana, se escuchaban con gran nitidez en medio del espeso follaje de los árboles y de los canteros con flores. Una conversación privada, me lo dijo con esas palabras. Quería hablar conmigo sobre un tema que la venía preocupando desde hacía algún tiempo. Entonces: conversación privada, tema, preocupación, tiempo. Pensé por un instante que Carlita iba a empezar con su conversación privada. La que me espera, me atajé también con cierta resignación que no era mala voluntad si no todo lo contrario. Quizás sólo quería hacerme alguna confidencia y eso sería todo. La voz de Carlita parecía estar saliendo del interior de una forma cilíndrica de metal, tan acompasadas eran sus modulaciones: Nos tomamos un café en la galería y ahí podemos charlar. Miré hacia la galería, pero ese sector permanecía oculto por la masa de enredaderas y arbustos. Cuando me dijo: nos vemos el viernes, me di cuenta de que el encuentro sería dentro de dos días. Repasé mentalmente las cosas que me faltaban hacer, los pequeños compromisos de cualquier día de trabajo. No tardé sin embargo en mirar de nuevo, por enésima vez, de refilón, es cierto, el rojo furioso de los labios de Carlita. Como si me hubiera leído el pensamiento, sacó un espejito redondo de su pequeño bolso y lo hizo girar en redondo para observar los labios y el maquillaje del resto de la cara. Está todo bien,

dijo con un murmullo que se debilitó todavía más a causa del inesperado aleteo de un pájaro sorprendido por nuestra presencia.

-Ahora me voy a la biblioteca -la voz de la mujer se hizo más débil, como un cuchicheo. "No te vendría mal ir ahí de vez en cuando". De pronto me tuteaba, aunque no era la primera vez.

Le dije que sí; además no podía engañarme ni engañar a nadie, jamás había pisado la biblioteca, excepto para buscar a alguien o para cerrar el ventanal cuando una lluvia muy fuerte empezaba a entrar a la sala y mojaba el piso o alguna mesa. Pero no a leer, ni siquiera a leer alguna revista o el diario, o a usar la computadora. O me equivoco, quizás una o dos veces la había encendido para consultar datos del clima. Y de paso alguna publicidad de autos o de ofertas turísticas a Brasil o al Caribe.

Al rato entré a la oficina del médico de guardia. Le conté como al pasar lo de Carlita, que ella quería tener una charla conmigo y si a él le parecía conveniente dado que, según mi punto de vista, lo indicado era que hablara antes con él. Dejó que su mirada se perdiera por algunos segundos en el techo y en el ventilador que colgaba a pocos metros de nuestras cabezas. Si ella quiere que sea usted, no se lo vamos a impedir. En una de esas son cosas que las puede hablar mejor con usted. ¿No le parece? Levantó las cejas, como diciéndome que lo había consultado por algo insignificante. Lo cierto es que no me dijo ni sí ni no; esa indefinición me dejó tranquilo, no se había opuesto y tampoco me había dado una contestación afirmativa rotunda.

-Se ve que está cada vez mejor. El viernes me desperté a la madrugada al escuchar unos golpes en la ventana de mi habitación. Afiné el oído y me di cuenta de

que los golpes eran producidos por las ramas de un árbol agitadas por el viento. Por las rendijas de la ventana entraba aire fresco mezclado con olor a lluvia, aunque me pareció que ésta todavía no había llegado. A muy pocas semanas del comienzo del verano, la luz del día iba abriendo el cielo nublado. Caminé un poco por el jardín hasta que de repente descubrí un tronco atravesando uno de los senderos; la copa permanecía sin tocar la tierra gracias a que se apoyaba sobre las gruesas ramas laterales. En esa misma dirección se distinguían otros árboles caídos. Seguí caminando hasta que llegué al último; el muro que rodeaba el jardín y la casa había sido casi destrozado por el impacto de la parte media del tronco.

Un viento muy fuerte. Un huracán. A qué hora se había producido, el sueño muy profundo me había impedido escuchar el ulular del viento. Fue entonces que oí voces a mis espaldas, eran las de los dos hombres del servicio de vigilancia. Ha habido un diluvio en las sierras, dijo uno de los hombres. Y piedra en seco. Esperaba que pronunciaran la palabra que tenía en mi cabeza pero no lo hicieron. A las ocho y media de la mañana ya estaban todos mirando los árboles y haciendo comentarios. Algunos decían que a las cuatro de la mañana habían escuchado que se sacudían las puertas o las ventanas; otros creyeron que había sido un temblor y se habían quedado quietos, agarrados a los respaldos de las camas. Una mujer con el pelo teñido de rubio balbuceó, casi al borde del llanto: "No me pude dormir y estuve toda la noche temblando de la cabeza a los pies". También explicó que sentía tanto frío que prendió una estufa eléctrica. "La estufita me ha sacado de más de un apuro". Mientras decía



estas palabras miraba con detenimiento el suelo.

Al principio Carlita evitaba mirarme, participaba de las conversaciones y todos le prestaban atención. Se habían formado varios grupos de tres o cuatro personas y Carlita iba pasando de uno a otro. Intervenia haciendo gestos con las manos, podía suponer que hablaba sobre lo que había ocurrido. Finalmente se acercó y comprobé que tenía el rostro muy tenso; la palidez quizás le endurecía sus rasgos. Es más: o le habían aparecido nuevas arrugas durante la noche o las que ya tenía me habían pasado totalmente inadvertidas cuando estuve con ella la vez anterior. Los labios rojos, pensé, hicieron que el resto de la cara no existiera. Con esa suposición, cambié mi estado de ánimo. Usaba un vestido abotonado ceñido por un cinturón trenzado. No me costó notar que el cinturón dificultaba su respiración, los hombros subían y bajaban, también parpadeaba como si no pudiera soportar la molestia de una luz demasiado intensa. Podía estar ocurriendo que el cinturón, al apretarle parte del estómago, la iba lentamente adormeciendo. Me pregunté si íbamos a encontrarnos en la galería. Según ella, un tronco había roto una de las columnas de la galería. Al rato entré a la cocina y preparé dos cafés instantáneos pues era el único que había. Mientras los llevaba en una bandeja, Carlita me acompañó sin hablar. De cada pocillo se elevaba una pequeña columna de vapor. No habíamos terminado de sentarnos en una mesita redonda de mimbre cuando un hombre, sacándose y poniéndose un sombrero de paja, se acercó a Carlita y la besó con efusividad en la mejilla. A mí me saludó tocándose con la punta de los dedos la sien derecha.

- ¿Lo conoce a don Javier? - preguntó Carlita con una sonrisa que, según lo que deduje en ese momento, reflejaba su buen humor. Lo había visto a menudo deambulando en el interior de la casa, apenas si me contestaba a los buenos días o a las buenas tardes cada vez que me cruzaba con él. Recordaba especialmente su cara pues en una oportunidad don Javier había estado en dos lugares distintos al mismo tiempo. Tan grande había sido mi desconcierto que esa noche me costó dormirme, no lograba separar a los dos don Javier con los que me había cruzado en menos de un minuto. Primero casi me choco con él al entrar en la cocina. En medio del bullicio ensordecedor del mediodía, la cocina era un hervidero pues las mujeres encargadas de preparar el almuerzo y trasladarlo a las mesas del comedor estaban particularmente nerviosas por la presencia de la directora. Nada menos que la directora se había dignado bajar a comer con todo el mundo. Debía pedirles que al bife de chorizo que le iban a servir se lo hicieran casi crudo. Estaba a punto de decirselo a la cocinera cuando vi que ésta hablaba con don Javier. La cocina sólo tenía una puerta y por allí había entrado cuando don Javier salía. Volví al comedor y don Javier caminaba ahora raudamente hacia la mesa principal. La directora, sentada en el centro, se hallaba rodeada por los médicos y por otros empleados jerárquicos. Cuán grande fue mi asombro al ver que don Javier se acercaba directamente a la directora y le susurraba unas palabras en el oído. La directora hizo un movimiento casi imperceptible con su mentón, acompañado por otro pesado movimiento de su enorme cabeza, y don Javier se apartó y desapareció por una puerta con un cortinado oscuro ubicada a un costado. La directora se sacaba y se ponía los anteojos

para leer pequeños papelitos que le iban alcanzando sus subordinados. Uno de esos papelitos le provocó una risa incontinente; la risa retumbó gracias a la acústica del salón y todos los comensales se mantuvieron en silencio unos minutos. Luego, cuando ella se llevó el primer trozo de carne cruda a la boca, los demás se abalanzaron sobre sus platos de aluminio.

Don Javier acercó una silla a la mesita y recién entonces Carlita empezó a contarme el motivo por el cual deseaba hablar conmigo. Quería traer un armario con cajones desde su antiguo domicilio en un barrio de la ciudad a la pieza que ocupaba en el instituto. En esos cajones Carlita guardaba cartas, fotografías y documentos familiares que no podían perderse ya que su valor era "incommensurable". Don Javier lo iba a cargar en un Rastrojero que le habían prestado. Abriría el portón con una copia de la llave y a mí me correspondería distraer al guardia con la excusa de sacar un murciélago de la habitación de dos internas. Entretanto, don Javier usaría una carretilla con ruedas de goma para acarrear el armario. Primero noté que los ojos de Carlita se habían humedecido y enseguida que su cara casi no tenía arrugas. Cerca de la una de la mañana el motor del Rastrojero me anunció que don Javier podía llegar en cuestión de minutos. Al pasar frente a la ventana observé un ángulo de la pieza de Carlita, el velador había sido cubierto con una tela y ella estaba sentada en su cama con la mirada fija en un hombre que usaba un sombrero de paja. ●

*Escritor. Recientemente publicó su último libro *Opacos fulgores. Ensayos de lecturas III* (2013).

Cuando llega un dragón*

Maricel Palomeque**



*
Fue antes, recuerdan los oderios. Incluso antes de que gruñera el volcán y antes de que el río encontrara su cauce.

Venía de a pie. No porque estuviera herido, sino que prefería rastrear el paisaje con la avidez del caminante que busca un destino.

Era un dragón rojo, tan alto como las araucarias. Decía conocer el origen del fuego, hablaba de robalontes, podía atravesar los ciclos del sol y de la luna.

*
-¿Qué hay después del sol? -preguntan los oderios

-Un camino -dice el dragón
-¿Adónde lleva?

...
El dragón no quiere ser hostil. Viene de un viaje fatigoso. Ha tomado un atajo sobrevolando el filo de los ventisqueros. Ha luchado contra el viento en un páramo de arena interminable. A duras penas pudo cruzar el mar. Se siente débil, sin ánimos para contestar. Apoya la cabeza sobre la tierra seca del corral y se echa, estirando el cuerpo, sin reparar en la suciedad que ha dejado el rebaño.

No quiere probar bocado -en las totumas quedaron servidas la palta y el maíz. No quiere taparse con las cobijas.

Cierra los ojos, manso.
Algunos oderios se quedan a custodiar. Primero sentados en la pirca, luego más cerca, dejándose envolver por su respiración: un airecillo húmedo, casi salvaje, que se filtra por la barrera de dientes y colmillos.

El dragón está profundamente dormido. Y sin embargo nadie se atreve a acariciarlo.

*
El dragón tiene un sueño.
Es de noche; los oderios se reúnen bajo el reparo de las hojas anchas y carnosas de la selva. Hablan en voz baja, tan discretamente, que casi no se oyen entre ellos.

Pero a pesar del sigilo, el murmullo se cuela por la oreja del dragón. Las palabras corretean hasta su sueño, desprolijas, entrecortadas:

no podemos fiarnos matarlo antes de que abra los ojos mala suerte traerá arrancarle las alas de cuajo machete si nos escupe fuego tortura levanten la mano los que Cuidado. Algo se mueve entre las hojas. Los oderios hacen silencio y apuntan con los arcos, espalda con espalda. Del follaje aparece un mono

negro. Habla sin pausas, agitado. Anuncia que viene una bestia echando baba blanca por la boca, enfurecida, arrasando los árboles. Los oderios corren dentro del sueño del dragón. No saben hacia dónde, pero corren espantados, sin mirar atrás. El mono queda rezagado dando aviso al resto de los animales.

El dragón resopla, molesto. Entreabre los ojos y cambia de posición la cabeza para espantar a la bestia. Ni bien los pierde de vista, despierta, desazonado, con la amarga sensación del presagio.

*
Dice el dragón que el fuego crece de un árbol de flores amarillas. Ahí lo encontró el primero, y ahí lo buscaron otros dragones, cada vez que el fuego se debilitó por capricho del viento o porque se murió de viejo.

El árbol crece en el fondo del mar, tras un velo de algas. Cuando florece suelta una esencia empalagosa que emerge entre las olas y se desploma en la playa. Los que siguen la huella del perfume encuentran al árbol de campanas amarillas. Apretujadas en los pétalos viven las llamas de un fuego inagotable. Jamás hay que abusar del árbol, advierte el dragón. Bastan dos o tres flores para avivar las cenizas. Tampoco tocar sus raíces, pues si alguna espina llega a enterrarse en las escamas el destino queda maldito para siempre.

Los oderios saben que no es cierto. Ellos han visto el nacimiento del fuego, los lengüetazos cobrizos del sol rozando la tierra, encendiendo el contorno de los cerros.

Pero la palabra del dragón los adormece. Y se quedan junto al fogón, imaginando las flores de un árbol marino.

*
Si el cuerno suena tres veces, es que ha desembarcado el cazador. Los oderios dejan sus labores y salen a recibirlo haciendo ritmo con palmas y maracas. Esta vez, trajo algo especial. No son semillas, ni piedras, ni plumas. De su bolsón va sacando unos pétalos ásperos y brillantes. Son escamas, dice, y arroja un puñado al aire y habla de sus virtudes:

Ambarinas, próspera cosecha
Granate, enemigo que se aleja
Verdes, milagrosas
Blancas, nacimientos

Los oderios compran confiados. Pagan con frutas secas, granos de maíz y caracoles. Algunos las enhebran con un hilo y las cuelgan como guirnaldas en los árboles. Otros las embeben en té de jengibre y las mastican cuando se ablandan. También servirán de mojones en los senderos de la selva, como amuletos y como ofrendas.

El cazador se va, dejando en el aire una cosquilla que los hace sonreír en silencio. Reunidos en el fogón imaginan a la serpiente gigante que desolló al costado de la playa. A los peces marinos que atravesó con su lanza. Manglares, alimañas y templos... Tantas historias ha relatado, que ya no saben de qué mar -¿o acaso era un desierto? - donde había conseguido las escamas.

El dragón no asoma la nariz en todo el día. Se siente descompuesto. El tremendo olor del cazador demora en irse, impregnado hasta en el musgo de las piedras.

*
El dragón ha visto los nacimientos. Los oderios incuban a sus crías en la oscuridad de sus vientres. Allí los resguardan hasta que maduran o la piel se resquebraja y no puede retenerlos. Salen de entre las piernas, cabeza abajo, cubiertos por una melaza rosada. Lloran con desesperación, reptando por el mismo vientre que los contuvo y se prenden de esos mismos pechos para alimentarse. Sólo ahí se calman y cierran los ojos, cuando succionan el mundo por primera vez.

*
Es día de cosecha. Los oderios se pierden entre el dorado de las hojas y vuelven con los canastos llenos de frutos. Van formando montículos de granos blancos, amarillos, negros y pintos. El sabor bendice la milpa. Agradece su bondad por albergar el sustento y le concede descanso, porque cuando la cosecha es abultada la tierra necesita respiro, como si quedara muda después de haber soltado un secreto. Ni bien terminan de tapisar y desgranar, comienza la fiesta. Sobre las cenizas del fogón van a arder las mazorcas nuevas. Los oderios, fermentada su sangre en maíz, invitan al dragón a encender el fuego. ◉

*Fragmento

**Escritora, comunicadora social. Escribe cuentos para chicos y adultos.

Ratonera

Flavio Lo Presti*

Cuando tenía veinte años, una mujer madura con la que planeaba mi vida me abandonó, y terminé buscando calor humano en fiestas horribles en las que pasaban cosas que no me gustaban: guitarreadas, vitalismo barato, variantes del juego de la botella, conversaciones trasnochadas sobre la existencia de Dios. Hasta ese momento, mis amigos habían sido un par de nazis que no le devolvían el saludo a la gente si no estaba dispuesta a inmolarse por la literatura, así que no tuve ninguna duda en cambiarlos por una tribu más dispuesta a escuchar mis problemas. Yo todavía vivía en Alta Córdoba, y a veces no tenía ni para el colectivo, y como mis nuevos amigos eran también generosos y despistados empecé a usurpar (sin mediar acuerdo) la parte baja en la cucheta del departamento que compartían dos de ellos, Oscar y Gabriel, en Rondeau e Independencia: un dos ambientes que además de la cucheta tenía una cama turca y que (gran motivo de pelea entre los dos inquilinos oficiales) era una mugre. Cuando no había un cordero ocasional que llegaba desde el sur de Córdoba con Oscar (una mezcla muy seria de indio ranquel y piamontés) el menú de la cofradía estaba casi siempre limitado al arroz, los fideos, las galletas de agua, agua propiamente dicha y vino en caja. En general hablábamos huevadas hasta la madrugada, y cuando por fin nos íbamos a dormir yo lidiaba (todos los días, cada día) con el insomnio y con la sensación inevitable de que me moría. Me agarraba un dolor insoportable en el brazo izquierdo, signo inminente de infarto, y la cabeza parecía volármese como bajo el efecto de una droga, una sensación que me recordaba la que mi abuela describía cuando hablaba de la anestesia por éter. Lo único que me tranquilizaba en esos momentos era prender una linternita que Oscar dejaba sobre la mesa de luz y buscar en el diccionario apoplejía, como si la definición fuera un conjuro sanitario.

En ese estado llegué a diciembre, y como Oscar y Gabriel volvían a sus casas, me dejaron la llave y me quedé encerrado en ese edificio en cuyos pasillos no entraba la luz natural, temiendo la inminente apoplejía y con una dotación de yerba y galletas de agua que me hacía sentir un astronauta pobre. Dormía de día y me despertaba de noche y leía interminablemente libros con los que trataba de apagar el silbido amenazador del ataque, que jugaba conmigo como un gato con un ratón, pero no había caso. Ni Philip Dick, ni Ray Loriga, ni Sartre podían hacer callar el aullido fantasma del pánico. Por la ventana, a través del hueco de luz del edificio, me llegaban las noticias de Germán, el vecino.

Germán era ayudante alumno en una materia en medicina, era salteño, no leía libros y en general no me interesaba, pero ejercía quién sabe qué fascinación de futuro triunfador sobre Oscar y Gabriel y solía pasar tiempo en nuestro departamento conversando sobre carreras de autos o contando aventuras sexuales que consistían, en general, en un uso misterioso de su condición de ayudante alumno para cogerse minas que después abandonaba. Ese año habíamos escuchado un par de veces el timbre de su departamento desde el nuestro a través del patio, para sorprendernos al rato con los gritos desesperados de mujeres jóvenes y despechadas que lo reclamaban mientras él ahogaba las carcajadas en nuestro living.

En los días en que me quedé solo, muy pocas veces tuve que rechazar sus invitaciones haciendo mímica a través de la ventana. De día yo dormía y mantenía la persiana cerrada, y de noche me quedaba adentro como un preso, leyendo y viendo programas en el cable que robaba todo el edificio. A veces me aventuraba por los pasillos vacíos y salía a las calles desoladas, caminaba por ese pueblo fantasma que era Nueva Córdoba en enero antes de la bonanza sojera, sin luces, sin comercios, sin ni siquiera el bálsamo visual y agresivo de las vidrieras nuevas. Después volvía, enfrentaba al monstruo, leía la definición de *apoplejía* para inducirme al sueño y tenía pesadillas en las que (a veces) estaba Germán.

Un día, mientras dormía y el sol pegaba contra la persiana que daba al pozo de luz del edificio, sentí que el pecho me estaba por explotar. Abrí los ojos y la persiana en un reflejo automático, esperando que la luz solar que se colaba por el hueco en el centro del edificio me sacara el ahogo. Respiré como pude y vi a través del hueco a Germán apoyado en el alfeizar del contrafrente de su departamento esperando a que yo abriera la persiana. Lo saludé, y vi que me hacía una seña enérgica con la palma de la mano para que esperara un segundo. Lo vi agacharse (su aparición me había hecho recuperar el aire) y después aparecer con un bolso en las manos del que sacó lo que parecía un muñeco que me mostró un rato y después empezó a manipular como si fuera un títere, sonriendo. Yo también me reí (me daba gracia) y él empezó a mover la cabeza en una especie de afirmación enfática, mientras jugaba con el muñeco de costado con el frenesí feliz de un animador de fiestas infantiles. Finalmente detuvo la pantomima y me hizo una seña para que fuera a su departamento. Di un vistazo a la pieza en el que estaba tirado esperando una apoplejía: estaba inmunda, con



el aire estancado y la ropa revuelta por todas partes, así que decidí ir a ver qué era lo que quería mostrarme.

Mientras caminaba en la oscuridad, sin activar las luces por vagancia, pensé en lo que sabía de Germán. Era un machista prepotente, un ventajista maleducado, un tipo que no podía hablar si no lo hacía gritando, a tal punto que parecía el resultado de un impedimento congénito para comunicarse civilizadamente. Y sin embargo, era la única compañía en el mundo a la que podía aspirar en ese momento. Cuando llegué toqué el timbre y él me abrió con la misma sonrisa con la que jugaba a ser titiritero.

—¡Pasá, pasá! —me dijo apurándome. Entré, lo vi ir hacia la cocina y me senté en un sillón a esperar mientras miraba la decoración del departamento. Contra mis expectativas, Germán parecía poner un esfuerzo especial para que su departamento pareciera sacado de una revista de decoración. Mientras pensaba esto, volvió con la mochila que me había mostrado por la ventana. —Los acabo de conseguir —dijo entusiasmado y señalando el bolso.

Después, poniendo un cuidado amoroso, con una actitud muy distinta a la que animaba los malabares que había hecho en la ventana, sacó uno a uno tres frascos y los fue poniendo sobre la mesa ratona. Adentro de cada uno había muñecos flotando en un líquido transparente, arrugados y amoratados y con los ojos cerrados. Uno tenía una cabeza desproporcionadamente grande, otro apoyaba contra la pared del frasco una boca monstruosa en la que sobresalía una protuberancia que parecía una lengua. Algo en la textura esponjosa de sus cuerpos parecía reclamarme la vida que yo estaba perdiendo en ese edificio. Levanté la vista y vi que Germán sonreía y me miraba expectante.

—¿Y? —me preguntó sin dejar de sonreír—. ¿Qué te parecen?

Lo miré un rato sin saber qué decirle. Nada parecía adecuado, así que imagino que salí del paso de cualquier manera. Después de escuchar lo que sea que yo haya balbuceado, Germán me palmeó el brazo y me pidió que le cebara unos mates mientras pasaba los fetos a unos frascos más grandes. Casi por inercia lo seguí a la cocina, y aunque no recuerdo la conversación debo haber pensado (mientras cebaba y lo veía sacar unos jarros de boca grande, limpiar las pieles y verter el formol) que el edificio era una ratonera, que él y yo estábamos encerrados adentro solos, y que en ese momento contábamos, para bien o para mal, el uno con el otro. ●

* Escritor, crítico literario. Periodista de *La Voz del Interior*.

Tiwanaku de la cima a su mesa

Jery Chávez Hermosa*



No son solo los sueños los que embrujan y te llevan de la mano de la nostalgia hacia remotos lugares, donde todo parece estar allí esperándote. Los aromas, los colores, la brisa fresca del día en que partimos, aún resuenan las sirenas del tren, los abrazos y las miradas de la familia, algún viejo amigo que no veré, y entre las sombras las manos furtivas agitando pañuelos y mandando besos de amores a medio conquistar. Cuántas cosas pendientes quedaron registradas en la memoria, las calles de mi barrio, las noches de bohemia de la ciudad que me vio nacer... el último gobierno entre uniformes y bastonazos, noches de furia y de bronca, todo en secuencia de minutos que se mezclan con lo último que miraron mis ojos allí en la vieja estación, no olvido las lágrimas de mi madre, son estos pensamientos los que me sacan del lugar en que estoy, sentado en la mesa de un bar con la copa y la botella que pronto se acabará. Me encuentro en medio de este lugar que tiene esa alquimia de transportarme. Es la música y las imágenes de una pantalla, donde los paisajes y las danzas me llevan, como a todos los que estamos acá, algunos como yo, un solitario inmigrante andino, que cada quincena, cada paga que sé que cobraré, apuro el trabajo en la obra, donde mis manos moldean con la mezcla de arena y cemento, lo que pronto aparece como un brillante edificio de cristales. Y solo pensar en Tiwanaku se me hace agua la boca, me digo me tomo un trago, que casi siempre son unos cuantos, antes de llevar a casa el pago de quincena que entrego a mi esposa, y estoy acá como si esperara a alguien, a un nuevo o viejo amigo, de mi ciudad, de otro país o de distinta región, eso casi ni importa. Así es Tiwanaku, el nombre de un pequeño

bar donde cada rincón tiene algo de mi tierra, de mi ciudad escondido en el decorado piezas de cerámica, cuadros, tejidos e instrumentos que te hacen sentir esas sensaciones que refrescan la memoria de nuestra cultura... y allí estoy, hasta la tercera ronda y entonces de a poco desde el fondo con la copa en la mano te dicen: ¡Salud hermano! Y así, de pronto, eres parte de la familia. Y como por arte de magia, aparezo compartiendo una mesa, de sujetos como yo, un inmigrante, que dejó atrás viejas costumbres y retóricas de enseñanzas, de toda una cultura que nunca me abandonará y hoy daría cualquier cosa para revivirlas, detalles que nunca olvidamos... los que cruzamos fronteras, en busca de mundos nuevos y destinos que luego nos retienen cual prisioneros, dejamos de ser lo que somos y lo que fuimos y pasamos simplemente a ser extranjeros. Vivimos pensando en el regreso que nunca llegará y sobreviviendo, aprendemos a reconocer a Córdoba como nuestra ciudad... pero ella nos mira como hijos ajenos. Cuando se abren las urnas, cuando se toman decisiones, nuestros hijos cordobeses, confundidos, nos preguntan: Papá, ¿sos boliviano? Esa pregunta te come las entrañas y te sale algo reflexivo, y con el más dulce dolor respondes: ¡Pero vos naciste acá, sos la más linda cordobesa! De repente y así una y otra vez, el grito de los comensales y oportunos compinches de rondas extensas me vuelve al presente: ¡Que viva mi tierra!, dice el pajeño, mientras mantiene la copa espumosa en el aire. Sus amigos lo miran conteniendo con los labios apretados esas cascadas de nostalgia que también ellos retienen bajo mil candados, y responden sin prejuicio: ¡Que viva! Y desde algún lugar del salón se escucha pedirle al mozo:

Ponte algo Chapaco, música de Tarija, papá. Refiriéndose a la música de su pueblo, así lo tienen a mal traer a quien atiende los pedidos, y de pronto, se pasa a escuchar de la cueca boliviana a la cumbia peruana y de allí de región en región.

Seguramente terminaré trasladándome a la mesa de algún grupo como el pasado fin de semana, donde conocí a un paraguayo, y escuché atento la historia laboral de un trabajador de la construcción como yo, historias de las más variadas, como la de Corazón, así lo llaman porque a todas las mujeres las saludó de una forma cariñosa y singular: ¡Hola corazón!, ¿cómo estás corazón?, ¡adiós corazón!, ¡perdón corazón! ¿Y quién no conoce a Corazón?, aquel hombrerito de mediana estatura, de movimientos mecánicos y sincronizados... cuando fuma saca el pecho, como pidiendo la atención de los demás, el sol en las alturas de los edificios donde trabaja, han dejado en su rostro, ese color metalizado que lo hace singular. Tiwanaku es este escondido lugar en la ciudad de Córdoba, donde de tanto en tanto, se escucha el sonido de las zamponas, charangos y cajas, cuando hay música en vivo, los ponchos colgados, los tejidos de aguayos multicolores, wiphalas y algún viejo retrato crean ese ambiente, que solo se ve en el norte argentino y en el histórico Tawantinsuyo de nuestros pueblos originarios, es por eso un eslogan que a veces se proyecta en una pantalla, de la cima de los Andes, a su mesa.

Este refugio de inmigrantes, donde también están las tonadas cordobesas y a veces algún porteño o un casual turista europeo atraído por algún comentario, cae en este clima que solo se respira en Tiwanaku, donde lo simple y los aromas de la América morena trascienden.

Antes de partir y con el último trago en mi copa, saludo a un amigo, que hoy vino muy bien acompañado: su esposa y una hermosa niña de sonrisa dorada. Alguna vez después de la tercera ronda, nos sentamos juntos, enamorado de la cultura andina e infaltable visitante del lugar es un cordobés que lleva en el alma el poncho de los pueblos originarios, descubrió a una América distinta, sin fronteras, libre de prejuicios... es que de la cima de los Andes llega a tu mesa un buen plato de picante de pollo humeante, y con el aroma de toda una cultura... si alguna vez querido amigo del alma, sientes ganas de tomarte un bondi e ir a remotos lugares, ándate a Tiwanaku, allí pronto no serás más un extraño, porque de las montañas, la cultura de todo un pueblo andino llega de la mano de quien te atiende a tu mesa y si estás perdido en la jungla cordobesa, añorando tus pagos, no importa de dónde vengas, si de Jujuy, Catamarca, La Rioja, o algún paraje de cualquier comarca, Tiwanaku te hará sentir en casa. ●

*Escritor, miembro de la Organización Del Migrante Andino Odmacor.

1918
Librería

LIBROS Y REVISTAS UNIVERSITARIOS
PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DE LA UNC

Consulte nuestro catálogo completo en
www.unc.edu.ar/institucional/perfil/editorial

Frente al Pabellón Argentina. Ciudad Universitaria

libreria1918@gmail.com | facebook libreria 1918



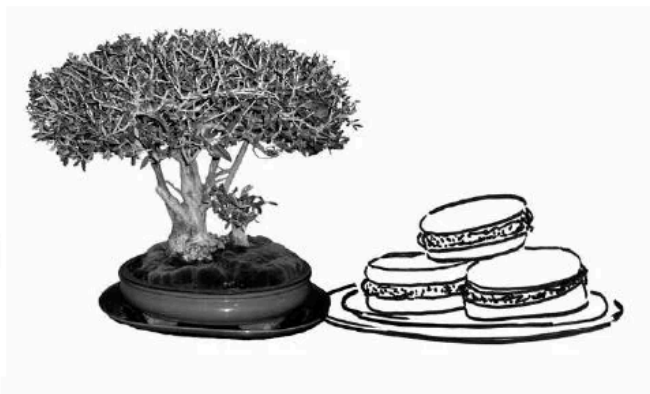
EDITORIAL
Universidad
Nacional
de Córdoba



1613-2013
400
AÑOS

Lenguaje de señas

Mariela Laudicina*



Miro a mi vecina por la ventana de la cocina. Es pelirroja, de pelo ondulado y tiene los dientes un poco salidos. Deja el mate sobre la mesa y mira hacia mi ventana. Agacho la cabeza y sigo cosiendo la bombacha. Debería tirarla, pero es muy pequeño el hueco que tiene y el resto de la tela está nueva.

Casi todas las mañanas hasta el mediodía estoy en la cocina, y en algún momento me quedo tildada mirando el ir y venir de la chica pelirroja que vive con una anciana encorvada. Podría ser la abuela o una tía, no creo que sea la madre, es demasiado vieja. Toma mates, pela alguna verdura y los fines de semana la chica le pinta las uñas. A veces no hace más que estar sentada mirando televisión mientras ceba mates o alguna otra bebida, se me ocurre que jugo. Se abanica con una revista, lo que me hace pensar que no tienen ventilador. Me llama la atención que hablen poco, más bien nada.

Ella aparenta tener unos veinticinco años, quizá menos y es probable que trabaje o salga por la tarde. Yo espero que haga algo diferente, pero no. Siempre lo mismo; ni siquiera recibe visitas. Claro que la observo por las mañanas y algunas noches; no obstante me resulta extraño. No tengo mucho que hacer por las mañanas hasta pasado el mediodía que salgo para el trabajo. Habitualmente desayuno sentada frente a la ventana mientras escucho radio y hago alfajores de maicena para algunos quioscos del barrio. Tengo pensado comprarme unos bonsái y también aprender a hacerlos. Me gustan mucho las plantas; me distrae pasarlas de macetas, cambiarles la tierra, sacarle las hojas secas y los bichitos; lástima que no tenga un jardín. El trabajo de la oficina es agotador, más de ocho horas sentada frente a un monitor; balances, liquidaciones, planillas..., en fin, estoy cansada de la contabilidad.

Hoy la pelirroja leía un papel y tenía el rostro enrojecido, se secaba los ojos con un *tissue* y se sonaba la nariz. ¿Qué habrá pasado? Espero que no sea nada grave. Me dan ganas de ser amiga de esa chica. En el almuerzo de ayer le servía fideos a la abuela con una sonrisa y después le acaricié la mejilla con mucha ternura.

No veo a nadie. Las ventanas están abiertas y han colgado un cartel en la pared que dice ¡Bienvenida Amalia! con letras negras y flores de colores alrededor. Por fin sucederá algo diferente en esa casa. El problema es si esa tal Amalia llega por la tarde justo cuando no estoy.

A las once de la mañana la anciana deja una bolsa en la mesa y lleva algunos paquetes que parecen

ser de fideos y arroz hacia otra parte de la casa. La chica aparece despeinada con una remera negra que dice Florianópolis en blanco. Le da un abrazo a la abuela y prende la televisión. Espero a que hablen. Si esperan a Amalia, algún tipo de comentario tienen que hacer. Mientras hago los alfajores, no separo la vista de la ventana por si llega la invitada, he trasladado todo lo necesario a la mesa para no tener que ir a buscar nada con tal de no perderme un detalle.

Ya son las doce y media y no hay noticias de la bienvenida. La chica pone la mesa y la abuela trae una olla. Hoy almuerzan puchero. Se le debe haber ocurrido a la vieja. La pelirroja es muy joven para antojarse con puchero en verano. Si Amalia fue lo hizo por la tarde porque nunca la vi. En estas tres mañanas, estuvieron ellas dos como siempre sentadas frente a la televisión compartiendo mates y lo único fuera de lo común fue que la chica pintó un caballo que parecía de cerámica. El cartel siguió en la pared hasta el domingo alrededor de las tres de la tarde. Después salieron.

El domingo a las nueve de la noche se encendió una luz y la chica abrió la ventana. Cenaron frente al televisor, se reían, seguro veían alguna comedia.

En la semana la chica pintó más caballos. Se la veía muy concentrada; hasta que en un momento se dio vuelta hacia la izquierda e hizo un gesto de negación con el dedo y siguió en lo suyo. Supongo que la abuela le hizo una pregunta. Cuando tenía dieciocho años se me ocurrió estudiar lenguaje de señas, porque me encontré en el colectivo con un grupo de sordomudos y me llamó la atención todo lo que puede comunicarse con las manos y la cara. Me pareció un desafío aprender algo que consideré un arte. Se lo conté a papá y me dijo que era una estupidez, que lo pensara bien porque seguramente era una decisión precipitada. Y así fue que terminé en contabilidad.

El año pasado salió un aviso de un curso en el diario, en una escuela para sordomudos. Ni lo dudé y fui; pero me arrepentí en cuanto toqué el timbre. En un segundo pensé muchas cosas a la vez: miedo al ridículo, para qué me serviría estudiar algo así, que quizá era un capricho, como dijo papá. Y me volví. Pero ahora que necesito hacer algo nuevo; debería por lo menos preguntar por los horarios, el precio, cuáles son las materias... A lo mejor si me animo a hablarle algún día a la chica pelirroja, y nos hacemos amigas, le pido que me acompañe. Y si no, empiezo por comprarme un bonsái y podría

aprender cómo hacerlos. Mi compañera de trabajo me critica porque dice que las plantas no son compañía, que me busque un hombre; ¿para qué?, ¿para que sea como Alejandro?, o peor aún, ¿cómo Nicolás?... Ya tuve suficiente. Hace dos días se atrevió a llamarme por teléfono y me pidió perdón, que tenía trabajo, que se había comprado un auto y hasta había vuelto a jugar al tenis. Me citó en el barcito de los cuadros con paisajes, porque sabe que a mí me gusta. Llegué hasta la esquina y me volví. ¿Quién me asegura que no le va a pasar lo mismo? Perdonálo, insiste mi compañera, cualquiera puede sufrir una depresión, no seas tan dura. ¿Dura yo? Tres años viviendo con un fantasma. Estoy mejor así. Esta mañana, cuando volvía de averiguar el precio de un bonsái, vi a la anciana con la bolsa de las compras por la vereda de enfrente. Crucé y me ofrecí a ayudarla. Al principio se negó, pero como le dije que iba hacia la misma dirección que ella terminó aceptando. Le pregunté si vivía sola y dijo que con su nieta. Al mismo tiempo que le preguntaba cómo era el nombre de su nieta, una señora que venía de frente se paró y la tomó de los hombros.

—Martita, pasé por su casa a buscarla y el portero me dijo que había salido de compras. Vine antes porque se me complicaron los horarios con el trabajo..., tengo el auto enfrente.

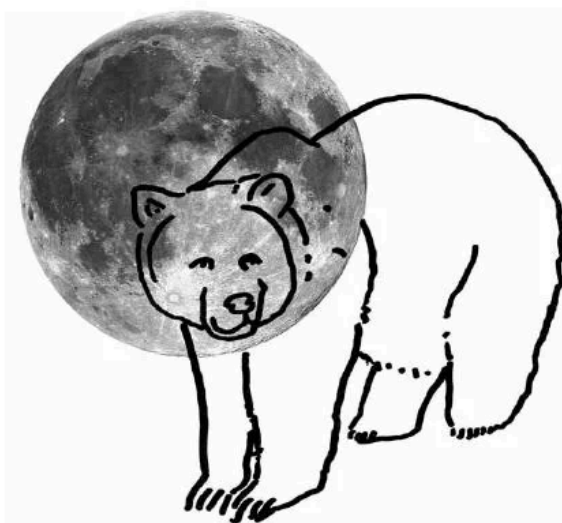
Martita me dio las gracias, cruzaron y subieron al auto. ¿Habrá sido Amalia?

Mientras cenaba miré hacia la ventana por si veía algún movimiento. Estaba cerrada y no había ninguna luz encendida. Me pareció extraño porque acostumbraban a dejarla abierta, por el calor. Como anoche me costó dormir, me levanté más tarde. Además, me vino la menstruación y casi siempre se me baja la presión. Me di una ducha y pensé que lo mejor sería no ir a trabajar. Telefoné y les mentí, dije que tenía gastroenteritis. Hace tantos años que trabajo en el estudio, que no me piden certificado médico. No se pueden quejar, con ésta, es la tercera vez que faltó en ocho años. Mientras me preparaba un té, miré hacia la ventana y me senté esperando a que la abrieran. No almorcé. Volví a acostarme porque me dolían los ovarios. Cuando desperté eran las diez de la noche. El reloj sonó a las ocho como todos los días. Decidí que no haría alfajores; tampoco iría a trabajar. Solo me levanté para saber si la pelirroja había vuelto. La ventana aún permanecía cerrada. ●

*Escritora. Publica algunos de sus textos en su blog *El deseo de ser volcán*.

Leer entre líneas

Perla Suez*



“Leer en voz alta, leer en silencio, llevar en la mente bibliotecas íntimas de palabras recordadas, son habilidades asombrosas que adquirimos mediante métodos inciertos.” Alberto Manguel

No tenía más de cinco años cuando trepaba a la biblioteca de mis padres y me apoderaba de un libro que me atraía por su textura, por su olor o por sus imágenes y con él jugaba a inventar una historia, simplemente por la necesidad de hacerlo.

En estos primeros años de vida los libros formaron parte de mi mundo de modo que mi destino de lectora estuvo fijado en esa génesis, porque allí aprendí que las palabras son importantes, y aunque no sabía leer ni escribir, ya entonces estaba leyendo y escribiendo.

Las historias se construyen cuando la realidad y la ficción se articulan y trabajan un tejido, combinando elementos dentro del lenguaje. La trama nos impulsa a la acción y a hacernos preguntas que con su sola fuerza llenan los vacíos, encienden la mente, y nos dan la posibilidad de leer entre líneas.

La escritura nos incita a hacer nuestro propio viaje a través de ese espacio donde todo puede ocurrir. Las palabras se ponen en movimiento, desde el principio no hay certezas y el desafío se instala sobre el papel porque en la escritura no existen lugares seguros pero sí obstinados, siempre hay riesgos, interrogantes y eso es lo interesante de hacer este camino.

Los libros que resisten al tiempo, los textos clásicos entrañables que hemos leído van con nosotros, son parte esencial de nuestra vida, y hasta tal punto nos constituyen que más de una vez en nuestra propia escritura no sabemos cuántas de esas lecturas están

incorporadas en el relato y cuánto hay de nuestro en él.

El secreto de los libros que admiro está en la posibilidad que tienen de embaucarme, de convencer, de hacerme creer que eso es o fue así. Son las capacidades de simular, de verosimilitud, de liberar energía y encender el fuego que tiene la narración, las que permiten al lector a través de la ficción mirar la realidad desde una lógica diferente.

Hay obras muy bien escritas que sólo permiten una lectura literal; y hay libros que por su densidad nos llevan a interpretar, a disentir, a apropiarnos del sentido. Éstos son los que hay que tomar por asalto.

La literatura no va a cambiar el mundo de una vez, pero nos da la posibilidad de descifrarlo e interpretarlo para transformar nuestras ideas y nuestra sensibilidad.

Un movimiento constante dentro de mí por épocas me lleva de un estilo al otro, de un lenguaje al otro, y aunque quisiera abarcar en esta pequeña nota los libros que conforman mi biblioteca íntima, es casi imposible.

Los mismos libros que leí de niña, retomados una y varias veces, se volvieron irrepitibles, fueron leídos desde otro lugar a lo largo de mi vida, con otra placidez, con otra inquietud y en un espacio de soledad que era mi lugar inviolable.

Les acerco estas dos historias¹ de mi autoría pensando en que puedan disfrutarlas.

¹ *El hombrecito de polvo* y *El oso*, libros-álbum en prensa, Editorial Comunicarte. Edición prevista marzo 2014.

Un oso

I

El oso se quedó dormido en la cueva y soñó que la luna caminaba descalza y lo seguía.

¿No dormís nunca?, le preguntó el oso.

Duermo sobre la colina, pero ahora voy a cruzar al otro lado del mar para iluminar la noche, ¿querés venir?

¿Yo?

El oso despertó de su profundo sueño con el ruido que hacía el glaciar al romper y se quedó mirando cómo la corriente arrastraba pedazos de hielo.

¿Qué hacés perdiendo el tiempo?, le dijo el oso grande

El oso no contestó.

¡Vamos a pescar!

Ahora no, me voy de viaje, respondió el oso.

¿A dónde vas? No te vayas, afuera hace mucho calor y es peligroso. Pero el oso vio cruzar un pedazo de hielo que flotaba en el mar, nadó hasta alcanzarlo, subió y se dejó llevar.

II

Navegó días y noches hasta llegar al Mar Báltico donde vio una foca comiendo un lucio bajo la luna llena.

Después cruzó una colina

y un campo de lavanda

y se detuvo al ver tres abedules que parecían gacelas.

Un muchacho con un abrigo de piel se sobresaltó al verlo y le dijo,

Disculpe, casi lo confundo con un oso.

En una feria, una niña de ojos grandes, le regaló una cajita pintada por fuera con laca negra y por dentro con laca roja de la que salió una manzana,

y un Pájaro de Fuego

y un hombre que llevaba leña al bosque.

El oso llegó a una ciudad donde vio a un hombre tomando el té a las cinco de la tarde, dejó su taza y se puso de pie,

¿Nos conocemos de algún lado?, le preguntó y le tendió la mano.

III

El oso vio que el hombre tenía un ojo blanco más grande que el otro y retrocedió. Podía ver su imagen reflejada como en el agua; se vio raro, enorme y salió corriendo. Subió a una bicicleta y pedaleó rápido para alejarse de allí. Pero el oso creyó que el ojo blanco iba tras él, crecía y se agrandaba.

IV

Cuando llegó a la estación de trenes sintió que el ojo blanco lo estaba alcanzando. Quiso escapar en un tren que iba cargado de cáscaras de naranja hacia el desierto rojo, pero el guarda no lo dejó subir.

Cuando el tren se puso en marcha, el oso corrió, trepó al techo del furgón y desde allí pudo ver al ojo blanco parado en el andén bajo un paraguas lleno de nubes, una lluvia fina lo mojaba.

V

Al bajar del tren el oso encontró una caravana de hombres que marchaban en busca de trabajo hacia el sur.

Aquí no vas a poder vivir, te vas a morir de calor, le dijo uno de ellos.

¿Falta mucho para llegar al mar?, preguntó el oso.
El mar está lejos, pero vas bien por este camino.

El oso escuchó el silencio intenso de las jirafas y siguió caminando sin detenerse bajo el sol abrasador.

VI

Amanecía cuando el oso llegó al mar. En ese momento el cielo se puso oscuro y las olas golpearon con furia la orilla. El hombre con el ojo blanco estaba allí, el oso lo miró y caminó con seguridad hacia él.

El hombre se puso la mano en el ojo y se lo sacó: era un pedazo de hielo que creció en un

instante y se fue deslizando despacio entre las olas. La marea lo arrastró mar adentro y el hombre desapareció detrás de él. El oso nadó hasta alcanzarlo y se subió. Recordó el ruido que hacía el glaciar y tuvo ganas de volver y una vez más se dejó llevar por el océano.

VII

Al llegar al lugar donde el glaciar rompía el oso sintió que todo crecía dentro de él como una manada de elefantes que corría y agitaban las orejas, y escuchó que el oso grande le decía,

¡Vamos a pescar!

Ahora sí, vamos, dijo, mientras caminaba creyó ver la luna a lo lejos durmiendo sobre la colina y se sintió fuerte como el agua cuando se hace hielo.

El hombrecito de polvo

Era un hombrecito de polvo que desde hacía tiempo admiraba todo lo malo que había a su alrededor.

Sentía amor por la guerra y despreciaba a todos los que no pensaban como él, no vivían como él y no tenían su mismo color de piel.

Estaba lleno de rencor y lo humano le era indiferente.

Es que no tenía nada de corazón, nada de sangre, nada.

Era vanidoso y su cabeza estaba llena de papel picado.

Era amargo y su cara cenicienta se desteñía como la tinta con el limón.

Tenía los puños diminutos y los usaba para atrapar saltamontes.
La casa de piedra en la que vivía, quedaba muy cerca de una montaña donde habitaban cóndores y a él le gustaba ir a contemplarlos en su vuelo.

Pasaba tardes enteras admirando sus plumas negra azules y su capacidad de remontar alto.

Un día empezó a agredirlos porque ya no soportaba su esplendor, les tiraba piedras y le complacía acertar y quebrarles un ala, y más aún verlos caer en picada.

El hombrecito de polvo planeó apoderarse de un cóndor, pasó largas horas preparando su equipo de montaña para atraparlos.

Escaló la pared de la ladera y cuando alcanzó un nido, se robó una cría.

Llevó al pequeño a su casa de piedra y lo tuvo allí durante días y noches.

El pájaro estaba frágil y triste, amarrado al barrote de la reja de una ventana. Durante un tiempo le dio de comer y le puso agua. El pequeño cóndor comía con avidez cada bocado.

El hombrecito de polvo quería que el cóndor volara para él.

El cóndor desplegando sus alas levantó vuelo, hasta que el largo de la cadena que lo tenía amarrado al barrote, no dio más y de un golpe seco cayó en picada.

El hombrecito de polvo también quería que el cóndor cantara para él, aunque sabía que los cóndores no cantan.

El pájaro abrió el pico, buscó en su estómago con ahínco algún sonido, pero fue inútil.

El hombrecito de polvo decepcionado volvió a entrar a su casa y cerró la puerta para no verlo.

Sin embargo, la imagen del cóndor lo perseguía.

Lo escuchaba respirar y moverse y veía sus plumas por todas partes.

El pequeño cóndor había quedado en la noche helada con el corazón que le latía apenas bajo la nieve.
Pasó un día y otro, y la obsesión con el cóndor al hombrecito de polvo lo enfurecía.

Fue así que decidió sacárselo de encima.
Le quitó la cadena y le ordenó que se fuera y se quedó mirándolo.

El cóndor rengueaba y tenía las alas agarrotadas, pero caminó.

Ja, ja, ja, rió siguiéndolo por detrás.
El cóndor se paró sobre una piedra en lo alto de la montaña.

Nunca había estado tan solo, pero de pronto se encontró en el espacio abierto y no tuvo miedo.

Miró el cielo velado por nubes tenues y abajo los pastizales mecidos por el viento y empezó a mover las alas y voló.

Era todo levedad.

La bruma espesa se había esfumado.

Una vida imprevisible le esperaba entre las laderas.

El hombrecito de polvo se sintió aún más insignificante que antes.

En ese momento un impulso desconocido lo invadió.
De inmediato, él también se paró sobre la piedra en lo alto de la montaña.

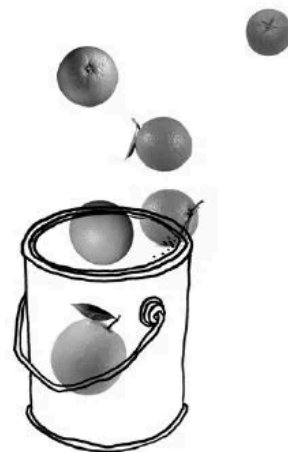
Miró el cielo velado por nubes tenues y abajo pastizales mecidos por el viento. Abrió los brazos.

Él también quiso volar, pero al ser de polvo se deshizo en el aire. ○

*Ensayista, novelista y traductora. Licenciada en Letras Modernas por la UNC. Especialista en literatura infantil.

Hawai versus Yoko

Pablo Natale*



20

EDICIÓN ESPECIAL

Días después de la lluvia, Yoko volvió a pisar el jardín. Se había mudado a esa casa hacia apenas unas semanas, no dejaba de sorprenderse con las cosas que podía encontrar. Una noche, por ejemplo, terminó de cenar y apagó todas las luces. Puso música, fumó un cigarrillo, fumó otro y entonces la vio: una luz caía sobre una de las paredes y apoyada en ella se veía la sombra de un árbol. Sólo eso: la imagen de un árbol.

Días después vino la lluvia y una tarde, luego de regresar a su casa, Yoko volvió a pisar el jardín. Había tres naranjas machucadas, estrelladas en el suelo.

"Fueron los chicos del vecino": esa fue la explicación que se dio Yoko.

No era una idea descabellada: apenas conocía el barrio y a la gente que vivía en él, pero sabía que en una de las casas vecinas vivía un señor español muy grande que le daba de comer a los gatos y que esos gatos deambulaban tranquilamente por su jardín. Sabía que la persona que cuidaba los autos en la calle le daba de comer a las palomas (lo había visto cada vez que iba y volvía del trabajo) sabía que esa persona pasaba las siestas hablando con el señor español. Y que nunca uno le recriminaba al otro por alimentar una plaga, por darle de comer al amo o al verdugo. Del otro lado de su casa había una pareja que tenía cinco chicos. Durante las mañanas se escuchaban voces yendo y viniendo. El día que se mudó, Yoko había visto a un grupo de chicos jugar en la vereda de su nueva casa y ellos la habían mirado y habían dicho algo como "vieja de mierda" o "te vas a pudrir" o "se quemará la casa". A Yoko la frase le había causado gracia, no así los objetos no identificados lanzados desde el otro lado por los pequeños vecinos: porque no había duda que los objetos no identificados habían sido lanzados por ellos. Cada vez que pisaba el jardín, Yoko se encontraba con un cable negro mordisqueado o con la tapa de algo que podría haber sido una licuadora, o con imágenes de héroes o antihéroes que desconocía pero que, sin duda, pertenecían a uno o a otro bando. También se encontró con algo similar a una matraca y un muñeco con forma de destapador que si lo apretabas en la panza abría los brazos.

Objetos no identificados desparramados en el césped: esa fue la razón por la que al ver las naranjas machucadas hizo culpable a los hijos

del vecino. Lo primero que se le ocurrió fue levantar las naranjas y, mientras se le pudrían en las manos, llevarlas y golpear a su puerta. Abriría el padre de los chicos, o abriría una mujer con un bebé en brazos y la cara ladeada. O abriría uno de los chicos y la miraría a los ojos y luego observaría las naranjas, se detendría allí, le sería imposible quitar la vista de allí. Y entonces ella avanzaría y el chico daría un portazo.

Eso fue lo primero que pensó, resumido ese pensamiento en la frase "ajustar cuentas". Pero entonces siguió caminando por el jardín. Las personas que habían vivido antes habían plantado un nogal y un árbol que daba frutos parecidos al higo. En una esquina había un recipiente oxidado lleno de cenizas; un rosal crecía en la otra punta. Y había un tacho blanco con cal sin nada dentro que habían olvidado los albañiles del pasado: hasta ese día Yoko había colocado ahí los objetos no identificados lanzados por los niños. No podía tirar en ese tacho las naranjas, porque entonces se iba a pudrir todo e iba a adquirir un olor insoportable y ya nada sería igual: su jardín sería un jardín indeseable. Yoko no creía en el Dios del paraíso, pero sin duda, de haber existido, el Dios del paraíso hubiese pensado igual: "No quiero que nada huela mal aquí; fuera las naranjas". Entonces qué hacer, pensó Yoko.

Había decidido dejar el reclamo a los hijos del vecino para un futuro probable; había decidido no arruinar la colección de objetos tirada en el tacho.

Yoko volvió sobre sus pasos en el jardín, entró en la casa, buscó una bolsa y tiró las naranjas. Hizo cara de "como si esto no hubiese pasado" y después se fue a bañar. Prepararía su almuerzo, luego se recostaría a dormir. Así sucedieron las cosas cuando después de la lluvia Yoko pisó de nuevo su jardín.

A la semana siguiente, en la cuadra en la que estaba su casa, hubo un accidente. Yoko regresaba extenuada del trabajo. Caminaba sin pensar en nada en particular. En caso de entrar a casa, hubiese tomado una ducha o caminado por el jardín, hubiese llamado por teléfono a alguien, se hubiese recostado a dormir. No hizo nada de eso: algunas personas todavía se agolpaban alrededor del accidente que había ocurrido. Yoko no se detuvo a observar, a tratar de comprender qué había ocurrido. Vio que el fotógrafo de algún medio local sacaba instantáneas del lugar del

hecho y lo que lo rodeaba. Las casas. La calle. Su jardín, el tacho con objetos no identificados. El rosal. La vereda. El español de los gatos, el señor de las palomas. Y los hijos del vecino. Estaban todos en fila, cinco chicos parados en la vereda. Había uno en particular. Llevaba puesta una remera verde con la frase "Hawai" y un niño-robot levantando el brazo en gesto poderoso y prepotente. El chico miraba al fotógrafo como si éste fuese un objeto extraño, puesto en el barrio por casualidad. Y el fotógrafo le sacó dos fotos al niño, quien lo miraba como si no entendiera absolutamente nada, como si esa luz que le surgía al otro de la frente no lo tuviese como objeto, como si no importara su remera, o el tiempo, o la calle, o la lluvia, o Yoko. El chico, detenido en el marco de la puerta, no se movía. Yoko vio que el niño llevaba en la mano algo parecido a una naranja, a la que aplastaba lentamente. Incluso se hubiese atrevido a afirmar que en el labio inferior del chico había rastros de pulpa.

Al rato la gente se fue, los hijos del vecino volvieron a su hogar y el accidente que había sido un accidente desapareció.

Esa noche Yoko tenía una cita, pero decidió no salir.

No importan las razones por las que Yoko pudo haber cancelado el encuentro. Se preparó la cena, luego lavó las cosas, luego se sentó quieta y un poco agotada. Fumó un cigarrillo. Después otro. Apagó las luces, pero no se veía nada: ninguna imagen, los contornos de nada, ninguna luz rebotando en el jardín.

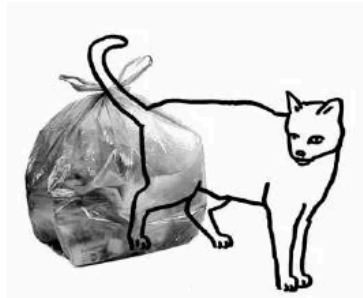
Salió descalza a caminar. El rocío la mojaba, le hacía cosquillas. Deseaba, fervientemente, encontrar algo. Pero ya no había objetos no identificados, sólo un tacho lleno de agua y cosas sin nombre, y el árbol y la pared que alguna vez había contemplado estaban ahí, igual que siempre, como cualquier otra cosa: sólo eso. Se sentó en el pasto mojado, apoyada contra el tacho. Nunca se había sentado allí. Tuvo muchas ganas de escuchar gritos en la casa de al lado. Después inclinó la cabeza y miró la pared. Apoyada en el borde de la medianera, vio una cáscara de naranja. La llovizna la fue empujando lentamente, hasta que cayó del otro lado. ○

*Escritor y músico. Publicó libros de narrativa y es miembro de la banda Bosques de Groenlandia.

La bolsa del súper

Emanuel Rodríguez*

Se le muere el gato. Lo había acompañado 17, 18 años, ya no recuerda cuánto y en ese momento lo que menos le importa es que la aritmética valide una verdad irrefutable, era su gato y ahora no sabe qué hacer. Cuando volvió de caminar, a media mañana, lo encontró agonizando. Diez horas más tarde, ha muerto. El patio es de mosaicos, salir de noche con una pala hasta la plaza podría despertar alguna sospecha indeseada. Entonces lo mete dentro de una bolsa del súper. El cadáver de su gato parece proclamar en un último gesto el idioma de su amistad y cae delicadamente en la bolsa, con un peso que parece misteriosamente más liviano que el que tenía el animal en vida, pocas horas atrás. ¿Qué se hace con esto? Sale a la calle, la noche lo impacta por un silencio descomunal, único, apenas roto por el ruido de una moto que se acerca. Mira a los costados, acaso en busca de que le aprueben su último gesto, su caminata fúnebre, su despedida sencilla. El viejo se ríe de pena y le pide al gato con una mirada cómplice que le consenta las ojotas, la camiseta sin planchar, el atuendo como de cualquier día. Camina la vereda. La moto se acerca y su ruido se hace cada vez más molesto. Él se detiene, mira la bolsa, Simón, morirte ahora, la puta que te parió. En la moto vienen dos, con casco y mochila. El que va sentado atrás estira la mano y prepara el cuerpo, se tensa y calcula la mínima acrobacia. El viejo siente el ruido, se da vuelta para corroborar el itinerario de la moto, la ve encima, se asusta, le manotean la bolsa, la moto se aleja. Ese es mi gato, dice. Los que van en la moto son dos policías de civil. Están abriendo camino: van, rompen vidrieras, sacan algo, y dejan todo listo para que la gente entre y arrase. Están emocionados porque el resultado es más que aceptable: la anarquía les demuestra su poder. El que va atrás espera dos esquinas y revisa la bolsa. Es un gato muerto, le dice al que maneja. Es un puto gato muerto. Los dos empiezan a reírse. No lo pueden creer, les parece de una casualidad digna de un programa de televisión. Un gato muerto. No lo tirés, dice el que maneja. Que se sume al botín. Se imaginan llevándole al comisario dos camperas, 8 celulares, tres camisetas de fútbol y un gato



muerto. La cara del comisario. Se imaginan la cara del comisario y comienzan a reírse. Se ríen tanto que no ven los restos de cubiertas quemadas en la esquina, una barricada que había estado en llamas hasta hacía un rato, y la moto pierde estabilidad, vuela un instante, y los dos policías vestidos de civil caen al piso, ruedan, putean, uno de ellos se fractura la clavícula y el otro alcanza a ver, mientras intenta recomponerse, cómo se acerca, a gran velocidad, un grupo de vecinos que parecen tener todos la misma cara, el mismo gesto de furia. Se quiere sacar el casco para explicar que son policías pero a la mitad del procedimiento recibe tres palazos en el estómago, dos en las piernas, se cae, y ya no puede contar cuánto le pegan en la espalda. Les sacan los cascos y las mochilas, les pegan más, entre muchos, y les gritan que se vayan, que salgan de ahí, que se las tomen. Los vecinos juntan el botín y se lo encargan a uno de ellos, que al otro día tendrá que llevarlo todo a la comisaría. Hay un gato muerto en una bolsa, avisa uno. Pónelo también. Devolvemos todo. El que se llevó las cosas y el gato trata de resolver un dilema. Se probó las camperas y hay dos que le quedan, muy buenas las zapatillas, y uno de los teléfonos celulares parece que estaba liberado porque funciona con su chip. Hace dos días que se prepara para llevar todo a la comisaría, pero algo lo detiene, una fuerza poderosa, un convencimiento de que, en parte, él se merece eso, él se lo ganó defendiendo a sus vecinos y nadie va a venir a pagarle por poner el cuerpo, por arriesgar la vida. Leyó en Internet que algunos ladrones suelen sentir una tristeza inexplicable después del robo. Su hija ya le preguntó varias veces por el olor que despide la bolsa con el gato muerto, y él le dijo lo que le parecía más obvio: hay que devolverlo todo, por lo tanto el gato va a la comisaría. Sería la prueba irrefutable de que la devolución había sido total. Entonces separa las camperas, un par de zapatillas y un celular, envuelve el resto del botín en una sábana vieja y cuando agarra al gato, la bolsa escupe un olor repugnante. Él piensa un momento en esa palabra, repugnante, y piensa que es algo que podría decirse de las personas que fueron capaces de robarse todo,

todo, hasta un gato en una bolsa, y junta fuerzas y levanta la sábana y emprende el camino hacia la comisaría. Al salir de su casa recibe los primeros aplausos de algunos vecinos, aunque otros no le dicen nada y él supone que están furiosos por la demora. Después se autoconvence de que estuvo bien esperar a que se resuelvan las cosas, a que la policía vuelva a patrullar. Algunos le sacan fotos con el teléfono y le piden que salude. Un vecino le pregunta por la bolsa con el gato. Él se detiene, abre la sábana y saca la bolsa del súper. Huele horrible, pero hay algo en esa forma putrefacta que ordena el caos de la cuadra y confirma una moral victoriosa. Un ligero alarido de gloria acompaña el inicio de la caminata fúnebre. Sin embargo él no comparte esa euforia. Su hija lo mira y le pregunta qué le pasa. Parecés triste, le dice.

Le piden permiso al comisario para filmar la ceremonia de entrega. No. Le exigen al comisario que deje filmar. Ahora son la raza y la nación, son la gente. Saben que saldrán en el diario, en la tele, y esa certeza les vuelve la carne un poco más temblorosa, una ansiedad de protagonismo exagera sus movimientos. El comisario viene de tres noches sin dormir y los recibe como puede, los quiere despachar rápido, pero cuida las formas. Cuando ve el gato, se descompone, su cuerpo se curva como si perdiera tensión, y se retuerce en tres o cuatro arcadas. Cuando se recupera pregunta qué quiere decir, qué es ese gato muerto. No sabemos, le dicen. Lo traían los choros. Nosotros devolvemos todo, dice el que se había encargado de guardar las cosas. El comisario no quiere disimular que no entiende nada, pero sí quiere que se vayan lo más pronto posible. Los felicita, les agradece la conducta cívica, pero les recuerda que no deben hacer justicia por mano propia. Se arma una mínima discusión acerca del rol del Estado. Los vecinos se van, bastante orgullosos de haber custodiado las camperas, las zapatillas, los celulares y el gato muerto. El comisario llama a un oficial y le ordena llevar todo a los galpones en donde se está juntando el resultado de los allanamientos. Tire ese gato a la mierda, le aclara. La bolsa está manchada por un líquido que no parece sangre, hay pelos, también, y el logo del supermercado aparece atravesado por aberturas en el nylon por donde asoman partes del lomo del animal. Tirada en un contenedor al lado de las vías, nada en esa bolsa recuerda la amistad, el amor, el cuidado de su dueño, que ahora sale a caminar, pasa por la plaza y mira de cerca los agujeros que las balas dejaron en la mampostería del bar, sigue unos metros más, analiza las persianas ultrajadas de la casa de ropa, pasa por el frente de la comisaría y va hacia las vías, siente la pestilencia, se acerca por las dudas, se asoma al contenedor. La luz del sol se posa sobre su gato. ○

*Periodista, cronista volante en *La Voz del Interior* y coconductor de los programas *Qué Pretende Usted de Mí* (AM 580 Universidad) y *La Coca es Pal Fernet* (Radio Nacional).

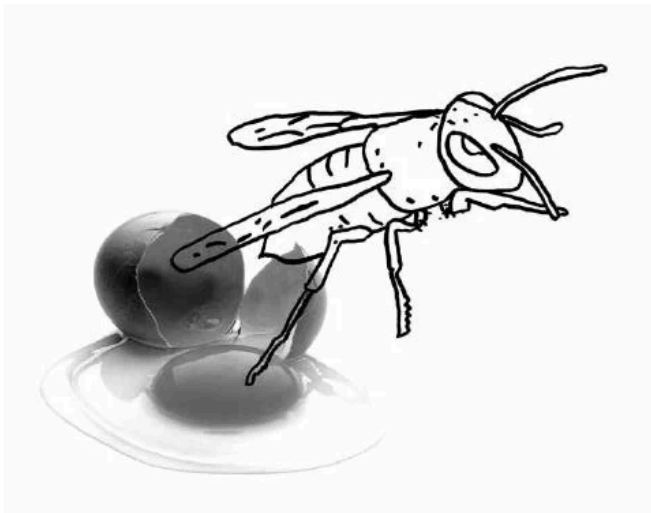


Desde agosto de 1984 | Proyecciones en 35 mm, DVD y Blu Ray

TEATRO CÓRDOBA

• cine para ver •

www.cineparaver.com.ar



Dos historias de verano

Luciano Lamberti*

1. Soy el hombre de la máscara

Soy el hombre de la máscara que noche tras noche se mete en la casa de sus vecinos. Es enero y el calor parece exprimírnos las sienes, yo salto los techos, esquivo patios con perros de grandes dentaduras, entro a las casas y miro a mis vecinos dormir. Hay algo hermoso en ellos cuando duermen, una inocencia recuperada. A veces los filmo con una pequeña cámara digital y en casa veo las grabaciones durante horas. Me gusta captar especialmente el momento en el que expresan, por gemidos y movimientos bruscos de los globos oculares bajo los párpados, el clímax de los sueños. Esto sucede a partir de las cuatro de la mañana. A veces también miro la luna. Soy el hombre que mira la luna y camina bajo la luna con una máscara. Miro fotos colgadas en las paredes, pegadas con imanes a la puerta de la heladera. Reviso botiquines, espío relaciones sexuales a la salida del sol. Mi máscara es grande y blanca y la hice yo mismo con papel y engrudo sobre un globo azul. Tiene agujeros para los ojos y nada más: cuando espío soy yo, tremendamente yo, no necesito comer y ni siquiera respirar, de lo tremendamente yo que soy. Voy en cueros y con un pantalón largo y descalzo. La planta de mis pies y mis dedos de mono me sirven para aferrarme a los tapias. Soy un gigante, mis brazos gruesos como ramas y mi boca un panal de abejas. No hablo. De día no soy yo, y hago las compras y noto que mis vecinos ahora están despiertos, la realidad ha vuelto a ellos, saben quiénes son, tienen que meterse en sus cuerpos y andar así, siendo no ellos. Y un día voy a un sicólogo grande y peludo, con cuerpo de marinerito o de estibador o de carnicero o incluso de odontólogo, pero no de sicólogo, y le digo: soy el hombre de la máscara, soy inmenso, y dicho esto saco la máscara de una bolsa de compras y me la pongo. Es aterrador, dice el sicólogo. Eso es porque me muestra tal cual soy, le respondo. ¡Soy inmortal!, agregó. Si me muero el mundo se muere conmigo, se

achica hasta caber en un punto de mi mente, y si mi mente se apaga, él se extingue conmigo. El sicólogo me mira con sus grandes manos peludas en las rodillas. Y una de esas noches, ya termina enero, el verano está en su punto más alto, nadie duerme del todo, estoy de pie en un pasillo que conduce a unas piezas, entre fotos familiares, con mi pantalón de vestir y mis pies descalzos y el torso desnudo y la máscara, y entonces se abre la puerta y sale un chico, despeinado y en calzoncillos, que al verme se paraliza. Lo conozco, lo he visto por el barrio, tiene grandes ojos atentos y quizás algún día él también se calce una máscara como esta, para soportar el verano. Ahora siento que está a punto de gritar, y que yo estoy a punto de salir corriendo. Pero ninguno de los dos hace nada, por un buen rato. Nada más que estarse mirando en ese pasillo cubierto de fotos familiares, como si fuéramos la misma persona en dos tiempos distintos.

2. La avispa

Padre: un día te picó una avispa. Estábamos en el campo, haciendo no tengo idea qué cosa, vos y yo, solos. No muchas veces nos quedábamos solos, y cuando nos pasaba sentíamos una ligera incomodidad. Era como si todas las formas mutuas en las que nos despreciábamos corrieran como anguilas debajo de nuestra lacónica conversación. Vos mirabas al frente, manejando, yo veía tu perfil, concentrado en los desniveles del terreno. Era un camino de tierra, difícil de andar con la jardinera en la que repartías los huevos, un aparato monstruoso y gigantesco que se bamboleaba haciéndolos chocar: no pocas teníamos que lamentar alguno roto, o una de nuestras clientas nos mostraba, a la luz del mediodía, la cáscara quebrada, como una gran evidencia de nuestra ineficiencia e improductividad. Padre: teníamos esa fama en el pueblo. Ineficiencia e improductividad. Sin ir más lejos yo, con casi veinte años, no había

aprendido a manejar, no había terminado el secundario, no tenía oficios ni un norte claro en la vida. Claro que la gente del pueblo nos llamaba de otra forma. Los vagos, los lelos. Ahí vienen los vagos, decían cuando la monstruosa jardinera en la que íbamos, llena de parches y con el guardabarros trasero sujeto a la chapa con un alambre, surgía en la esquina en todo su esplendor. ¿Qué hacíamos esa tarde, padre? ¿Estábamos llevando huevos a alguna parte? ¿Buscábamos una provisión de huevos en la casa de algún vecino que nos vendía al por mayor? No lo recuerdo. Sé, en cambio, que las anguilas chapoteaban bajo las pocas palabras que nos dirigíamos. Estabas de malhumor ese día, me habías encargado un trabajo que no hice y me lo reprochabas, con frases hirientes que olvidé pero que me quemaron por dentro como si fueran hierros al rojo vivo. Entonces una avispa entró por la ventana y te picó la garganta. Fue así de simple. Vos eras alérgico, un mosquito o una hormiga podían matarte. Aplastaste a la avispa y la miraste en tu mano. Casi enseguida empezaste a hincharte. Paraste el auto en la banquina, la hondonada por la que circula el agua que baja de los campos, y yo traté de sacarte el aguijón pero era muy pequeño, no podía engancharlo con las uñas y vos ya tenías la cara inflamada, el cuello casi del doble del tamaño normal, y boqueabas, con inspiraciones cortas. Entonces hice algo en lo que todavía pienso. Me senté a verte morir, eso hice. Y vos me miraste con tus ojos grises que se iban apagando y lo entendiste. Supiste lo que yo sentía.

Padre: ahora manejo la misma reventada jardinera vendiendo los mismos huevos que se quiebran entre sí. Me gusta hacerlo, me gusta ir con la ventanilla abierta, dejar que el viento me embolse la camisa y me tire el pelo para atrás. Es verano, la vida me sonríe. A veces incluso silbo, canciones que vos odiarías, y a mí me parecen lo más bello de este mundo. ●

* Poeta, narrador y editor. Fundador de la editorial La Creciente.

TODA LA INFO
DE **EXTENSIÓN**
UNIVERSITARIA EN

@

prensaextension@seu.unc.edu.ar

twitter 

@extensionunc

facebook

secretaría de extensión



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

SEU

Secretaría
de Extensión
Universitaria



HISTORIA TRAYECTORIA COMPROMISO HORIZONTES

LABORATORIO DE HEMODERIVADOS una industria farmacéutica nacional dedicada al desarrollo, producción y distribución de medicamentos y productos médicos.

Con el respaldo de **400 AÑOS** de la
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CORDOBA



OJALÁ
en el
2014



COMUNIQUEMOS SÓLO BUENAS NOTICIAS

